

Concurso de narrativa breve IGN 2021

José A. Gago
Juan Carlos Cabral
Elena Solera
Ignacio Fernández
Marina Rodríguez
Imi Martín
Pedro Borregón
Victor Olaya



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRANSPORTES, MOVILIDAD
Y AGENDA URBANA

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



Concurso
de narrativa
breve IGN
2021

Concurso de narrativa breve IGN 2021.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado
<https://cpage.mpr.gob.es>

Editado en julio de 2021

Edita

© O. A. Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2021.

Autores:

José A. Gago, Juan Carlos Cabral, Elena Solera, Ignacio Fernández,
Marina Rodríguez, Imi Martín, Pedro Borregón y Víctor Olaya.

© **Instituto Geográfico Nacional (IGN), 2021**

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado (IGN)

(Subdirección General de Cartografía y Observación del Territorio)

Fotografía de portada:

«Moluccae insulae celeberrimae. - Willem Janszoon Blaeu, 1640»

NIPO: 798-21-021-7

DOI: 10.7419/162.05.2021

Los derechos de la presente edición digital son del editor. Agradecemos que la difusión electrónica masiva se realice a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial.



CNIG: Calle General Ibañez de Ibero, 3
28003 - Madrid (España)
www.ign.es / www.cnig.es
consulta@cnig.es

Índice

Prólogo

Emilio López Romero 7

La Tierra es redonda

José A. Gago 11

Venta Santa Ana

Juan Carlos Cabral 29

Nadie sube solo a la montaña

Elena Solera 43

Azul

Ignacio Fernández 57

El cielo visto desde arriba

Marina Rodríguez 75

La encrucijada del abuelo

Imi Martín 93

La cocinera del Mulhacén

Pedro Borregón 111

Nombrar el frío

Victor Olaya 129

Prólogo

Emilio López Romero

En esta cuarta edición del Concurso de Narrativa Breve del IGN, correspondiente al año 2021, se han recibido un total de 48 relatos, el mayor número hasta la fecha, acompañados de un título, un seudónimo y un teléfono de contacto, que se han distribuido entre los miembros del jurado identificados únicamente por el título y el seudónimo elegido por el autor, para su valoración anónima.

El Jurado ha estado formado por siete personas de organizaciones relacionadas profesionalmente con las disciplinas de los campos de actuación del IGN y del CNIG y está presidido por el Presidente del Consejo Editorial de la Editorial CNIG. Los miembros del Jurado han sido:

- Ana Velasco Tirado. Ingeniera Geógrafa del Centro Nacional de Información Geográfica.
- Andrés Aristegui Cortijo. Ingeniero Geógrafo del Instituto Geográfico Nacional.
- Antonio F. Rodríguez Pascual. Licenciado en Ciencias Físicas. Miembro del Comité CTN 148 Información geográfica digital.
- Endika Urtarán Motos. Ingeniero Geógrafo y Director del Área de Fomento en Álava.

- Emilio López Romero. Ingeniero en Informática y Director del Centro Nacional de Información Geográfica.
- José Sancho Comins. Catedrático Emérito de Análisis Geográfico Regional de la Universidad de Alcalá. Presidente de la Red ANEXXI.
- Rafael Bachiller García. Astrónomo. Director del Observatorio Astronómico Nacional y del Real Observatorio de Madrid. Académico de la Real Academia de Doctores de España.

El Jurado considera que el «Concurso de Narrativa Breve IGN 2021» ha sido un éxito, como en años anteriores, por el gran número de relatos recibidos y por su calidad media, que parece haberse incrementado respecto del año pasado. El Jurado ha decidido seleccionar ocho originales para su publicación.

Como resultado de las valoraciones realizadas, en las que ha habido una notable convergencia y casi unanimidad, el fallo del Jurado es el siguiente:

El relato ganador del Primer Premio del «IV Concurso de Narrativa Breve IGN 2021» es el titulado «La Tierra es redonda» de José A. Gago, por su calidad y planteamiento de la trama. Magallanes es un referente para el personaje por detentar en grado excelente virtudes. Frente a él, queda el resto de poderosos en los que la avaricia, los intereses propios y las intrigas guían sus vidas. El personaje enaltece la paciencia como norma de vida, si bien en un determinado momento se vuelve impaciente y clama: “los pobres solo podemos esperar que los ducados nos caigan del cielo” (alusión a la providencia divina, sentimiento que aprendió de Magallanes). El final está genialmente resuelto. En suma, un excelente relato escrito de modo sobresaliente, con un fondo muy positivo y con valores literarios relevantes.

El ganador del accésit del «IV Concurso de Narrativa Breve IGN 2021» es «Venta de Santa Ana» de Juan Carlos Cabral, un relato sencillo, muy bien escrito y con las formas exquisitamente cuidadas. Retiene la atención del lector inmediatamente. Los diálogos tienen fuerza. Muy acorde al léxico rural, culto y educado. Tiene un marcado mensaje muy positivo: siempre se debe hacer el bien (hacer favores). El capitán, al mostrarle un mapa al chaval, muy listo, se lo

explica de forma magistral: representa lo importante. Las emociones afloran en el chaval que le hacen viajar. Un relato, en suma, que despierta admiración y se hace muy cercano.

La editorial CNIG cumple su compromiso de publicar en formato digital y gratuito los dos relatos ganadores y una selección formada por los otros seis mejor valorados, poniendo a disposición de los usuarios este volumen digital, que esperamos sea del agrado de los lectores.

Solo nos queda agradecer al jurado su responsabilidad y dedicación, a los participantes su interés, felicitar a los dos ganadores y animaros a todos a participar en el concurso del año que viene.

Madrid, julio del 2021
Emilio López Romero
Presidente del Jurado

La Tierra es redonda

José A. Gago

Relato ganador del Primer Premio del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2021»

La Tierra es redonda

José A. Gago

Me llamo Antonio de Pigafetta y, por una vez, voy a contar lo que me venga en gana. Siempre había tenido que medir las palabras para no ofender a los poderosos. Ahora ya no espero nada de ellos, puedo escribir sin cuidado. ¿Qué puedo temer si ya no me quedan ambiciones ni deseos?

Desde que regresé de la más azarosa y arriesgada empresa marítima que han visto los siglos, no me he vuelto a aventurar en la mar. He recorrido los caminos de estos reinos muchas veces, reclamado por unos y por otros, y al final he vuelto a mi Vicenza natal. Bien podría haber regresado cargado de oro, aunque no sé si me hubiera gustado que Palladio, ese joven arquitecto que levanta villas para los ricos, hubiera construido mi casa. Como no tengo medios para tanto, ni siquiera puedo plantearme esas cosas; me conformo con esta humilde morada en la calle de la Luna. Si pienso en esos palacios, es porque rodearse de belleza es siempre agradable, no porque la vanagloria sea para mí ninguna tentación.

También yo tengo un escudo, podrían esculpirlo en mi fachada. En él lucen las rosas rodeadas de espinas. Ese viene a ser mi destino, un espíritu limpio al que nunca han abandonado las penalidades. Seguramente tengo más merecimientos que muchos de esos que sólo han tenido que poner la mano para recibir las riquezas de sus padres. O de esos otros que son capaces de cualquier atrocidad. De cualquier modo, espinas no han faltado en mi vida.

No fui únicamente testigo de aquella hazaña, ahí está mi Relación del primer viaje alrededor del Mundo, escrito para atestiguarlo, sino que sufrí todas

las miserias, peligros y penalidades que padecieron los que participaron en ella. Tuve la inmensa fortuna, es cierto, de regresar. A nadie se le escapa que fue mera cuestión de suerte sobrevivir. De los cientos de hombres que nos embarcamos en aquellas cinco naves, sólo dieciocho regresamos a Sevilla a bordo de la Victoria, la más pequeña de las que partieron.

Habían pasado más de tres años desde el alba de aquel 20 de septiembre de 1519. Por fin estuvo todo listo y tuvimos vientos favorables para zarpar desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda. Don Fernando de Magallanes me había aceptado a sus órdenes sin dudarlo, gracias a la carta que le entregué de su excelencia monseñor Francisco Chiericati. Él, como me ha pasado a mí hasta ahora, tampoco quería oponerse a las voluntades de los poderosos. Como yo no sabía hacer otra cosa, el capitán me aceptó a su servicio con oficio de escritor de a bordo, para dar fe de cuanto fuera sucediendo.

Entre los cientos de hombres embarcados había sobre todo españoles y portugueses, pero también había franceses, alemanes, árabes, flamencos... y hasta lombardos como yo. El salario era corto y el éxito de la empresa se aventuraba peregrino: hubo, incluso, que sacar algún reo de la cárcel para completar las tripulaciones.

De cualquier modo, don Fernando, una vez que las naves alcanzaron la alta mar, era un hombre feliz: su estandarte ondeaba en el mástil debajo del del Emperador. Estaba al mando de una auténtica escuadra y se encaminaba al cumplimiento de su sueño: demostrar con los hechos que la Tierra es redonda. Por fin quedaban atrás años de dura preparación con aquel sabio compatriota suyo medio loco, que sabía de mapas y cartas de marear pero que dependía de la Luna.

Don Fernando ya se había visto ninguneado por su propio soberano. Y, una vez decidido a ponerse bajo la protección del Emperador, se vio obligado a una terca insistencia en la Audiencia de Valladolid hasta conseguir licencia y fondos. Y gracias al apoyo de algunos amigos que intervinieron en su favor.

Lentos y penosos años para un marino de vocación, arrastrándose por esos caminos y esas antesalas. Y, por fin, los preparativos de los últimos meses en que don Fernando se ocupó de un modo meticuloso de todo: lo relacionado

con su testamento y la tranquilidad de la familia, y lo relacionado con la intendencia, la tripulación y las instrucciones que permitieran gobernar aquella turbia amalgama de hombres, ambiciones e intereses.

Los pormenores de las pocas dichas y las muchas desgracias que acaecieron a lo largo de esa gloriosa aventura ya están contados en mi Relación, ahora tengo interés en escribir otras cosas que más tienen que ver conmigo.

El Emperador nos recibió con muchos honores, pero la gloria y el dinero se los llevó Elcano, cuyo principal merecimiento, que era el de todos nosotros, fue el de sobrevivir, perseverar aferrado a la vida hasta el final de la aventura. A Elcano le correspondieron, además, aquellas armas con el globo terrestre y la leyenda que sin duda lo llevará a la Historia: *Primus circumdedisti me*. En ese lema parece que habla la Tierra, que reconoce que por fin alguien ha demostrado su rotundidad, pero quien habla es el capitán, don Fernando de Magallanes, que después de su muerte lo puede afirmar: «Tenía razón».

Cuando el 6 de septiembre llegamos, de vuelta, a la desembocadura del Guadalquivir, nadie podía reconocer ya nuestro barco: el salitre había borrado el oro del nombre y los vientos habían hecho jirones las velas. El patrón del puerto, para identificarnos, mandó una barca a nuestro encuentro. Cuando aquel marinero subió a bordo se encontró con un sórdido espectáculo de aparejos rotos y cordajes deshilachados. Y los contados hombres, alineados detrás de Elcano tratando de mantenernos erguidos, éramos poco más que esqueletos, con los ojos enmarcados en profundas ojeras, desdentados, con unos harapos lacios cubriendo nuestros huesos, nuestra piel curtida como cuero.

—Esta es la nave Victoria —dijo nuestro capitán con voz apenas audible—, de la escuadra de Magallanes que partió de Sevilla hace tres años.

—¿Qué Victoria? —preguntó aquel hombre por toda respuesta.

Pero corrió la voz y cuando llegamos a Sevilla, ya repicaban las campanas de la Giralda y nos recibieron con salvas de honor. Cuando bajamos a tierra, descalzos y en camisa, nos sentíamos mareados, la gente se apartaba a nuestro paso, nos dejaban seguir, con un cirio en la mano como penitentes, hacia Santa María de la Victoria, la iglesia donde Magallanes hubiera querido que

depositaran sus huesos. Nos sentíamos obligados a dar gracias por nuestra suerte y pedir por todos los compañeros que habían perecido por el camino, que habían sido abandonados a su suerte o que estaban presos en las mazmorras de Portugal. Todo lo demás pertenece a los anales de la Historia. Ella nos recompensará porque los hombres olvidan pronto a los héroes, los convierten en mendigos lisiados. Menos mal que mis compañeros siempre tendrán un exótico recuerdo que contar en la cantina a cambio de un jarro de vino, unos mendrugos de pan y unos torreznos.

Como el Emperador reservó las armas y el dinero para el capitán, a mí sólo me tocaron halagos. Le mostré mis escritos y le leí algunos y él, supongo, se dejó llevar por esa errónea creencia de que los que escribimos aceptamos que el hecho de que nos escuchen ya es suficiente recompensa.

Crecía nuestra notoriedad, la mía al menos, y todos querían invitarnos para escuchar nuestras historias. A mí me llamó el rey Juan III de Portugal, hijo de aquel don Manuel el Afortunado que no quiso dar barcos a Magallanes. No dudé en viajar hasta Lisboa movido más por el aprecio que me merecía por ser la patria de don Fernando que por otra ambición. Por otra parte, en cuanto recuperé las fuerzas y la seguridad sobre mis piernas, me sentía seguro pisando la tierra firme de los caminos y esa manía ya se me quedó para toda la vida.

Tenía mucho interés el rey en saber si las islas de las que yo le hablaba pertenecían, por el Tratado de Tordesillas, a sus dominios o a los del Emperador, su primo. Sobre un papel, encima de una mesa, es fácil trazar fronteras. Incluso sobre la tierra, que tiene ríos y montes, se pueden tomar puntos de referencia y levantar muros. Sin embargo, sobre la mar y las islas aquellas que ningún cristiano había visto antes, no parecía tan sencillo, sólo los sabios que miden el mar mirando con sus herramientas la posición de las estrellas pueden dar solución a eso.

Como yo no soy amigo de discordias, y además llevaba un recado de buen entendimiento de su primo el Emperador para que liberase aquellos compañeros nuestros que tenía presos, preferí desviar la conversación y hablarle de las virtudes de nuestro capitán general, don Fernando de Magallanes. Él, como portugués se sentía halagado, aunque como rey lo entristecía que su padre no hubiera sido generoso con tan gran hombre y no lo hubiera mandado

a aquella gesta bajo su bandera. De cualquier modo, las cosas ya estaban en ese punto y nada se podía hacer por volver atrás y el cuerpo de don Fernando, en vez de reposar bajo algún piadoso altar, había quedado perdido en alguna de aquellas islas:

—¿Y tú lo viste morir? —me preguntaba, sólo por el gusto de oírme contar otra vez aquella historia.

—Yo estaba allí, majestad —le decía—, pero don Fernando era el más valiente, el más generoso y prefirió entregar su vida por salvar la nuestra. Hasta aquel tiempo procuraba preservarse, porque era imprescindible para el viaje. Cuando comprendió que tenía razón, que su esclavo Enrique se entendía en la lengua de aquellas islas, ya pudo ponerse al frente de su gente y afrontar cualquier peligro aún a riesgo de su vida. A mi entender, comprendió que la misión estaba cumplida: si por el Poniente habían llegado a la tierra del esclavo Enrique, es que la Tierra era redonda.

El rey escuchaba con los ojos atentos y asentía con la cabeza, mientras yo me demoraba en los detalles.

—La causa fue que aquel reyezuelo Silipulapu no aceptara reconocer al Emperador cristiano y pagarle tributo. Aquel mezquino se negó y el capitán no tuvo más remedio que echarse al agua para darle un escarmiento. Sólo éramos cincuenta y enfrente teníamos miles de ellos. Nos arrojaban piedras, flechas y lanzas de madera con la punta endurecida al fuego o rematada con un hueso de pescado. Avanzábamos muy lentamente, estorbados por las corazas y caminando sobre un suelo irregular sembrado de corales. Nosotros éramos lentos bajo el peso del metal y ellos se movían rápido, desnudos y defendidos por pequeños escudos de madera. Los arcabuces no eran muy eficaces en aquel terreno y los salvajes acabaron perdiendo el miedo y algunos nos rodearon con un griterío ensordecedor. Unos pocos de los nuestros llegaron hasta las primeras cabañas y les prendieron fuego, pero les fue imposible abrirse paso hasta las empalizadas de bambú tras las que se guarecían y desde las que nos hostigaban. Comprendimos que no había otra solución que retroceder hasta los barcos, a esperar mejor ocasión. Don Fernando, con seis u ocho hombres, entre los que yo estaba, cubrió la retirada, pero una flecha envenenada lo alcanzó en una pierna. Aún así se batió bravamente hasta que una herida en

el brazo le impidió manejar la espada y pudieron acercarse para derribarlo de boca con un golpe en la pierna sana. Entonces, se echaron todos sobre él como esos fieros peces que llaman pirañas y le dieron muerte con las cañas y los dardos y las piedras y todo lo que aquellos salvajes encontraron a mano.

Al rey Juan incluso le brillaban los ojos cada vez que escuchaba la triste historia. A mí, viendo que un gran señor lo sentía así y recordando cómo entregó su vida el más valiente y esforzado marino que se recuerde, también se me ponía un nudo de emoción en la garganta. Con esa extraña obsesión que tienen los poderosos por darnos por pagados por la deferencia de prestarnos oídos, tampoco ese rey se dignó abrir su bolsa, se contentaba con palmearme la espalda y animarme a seguir contando aquella historia:

—No dejes de contarlo, que no se les olvide a los siglos el valor de tan gran hombre.

—No lo olvidarán, majestad —le contestaba yo—, que sus hazañas harán su fama eterna. Quizá le den su nombre a ese paso que encontró por el Sur entre los dos océanos; todos dirán, ese es el estrecho que encontró Magallanes.

Viendo que mis testimonios en aquellas cortes más tenían de entretenimiento de cómico que emboba con sus historias que de materia de estudio y consideración para los sabios, tomé la determinación de volverme a mi patria por poner en la imprenta el libro. Yo era la voz de aquel esforzado Magallanes que demostró con su hazaña la redondez del mundo. Yo debía dar fe de la naturaleza diversa de hombres y tierras, de animales y plantas, de costumbres desconocidas... Yo mostraría la naturaleza de los hombres buenos, los valientes, los decididos... Y también la de los avariciosos y los cobardes, de los mezquinos y los traidores. Me volvía a mi tierra con un regusto amargo, por incomprendido y mal pagado; solo si el libro llegaba a todos, se nos haría justicia a todos los que de un modo u otro habíamos sufrido aquello y habíamos culminado la aventura. Quizá entonces no me daba cabal cuenta de esto porque aquella fama repentina me cegaba, las palabras de los poderosos sonaban como música en mis oídos. Cuando llegaba a un lugar, ya mi fama se había adelantado y me estaban esperando. No tenía dineros, pero no me faltaban nunca un buen acomodo y una buena mesa porque todos querían tener el honor de acogerme y sentarme a su lado para entretenerse con mis historias.

De camino a casa, cegado, como digo, por aquella fama que no tenía más valor que el aire que hincha una vejiga, desvié mis pasos hasta la corte de Francia. Enviaron mensajeros porque la reina regente, Luisa de Saboya, me quería recibir porque no podía ser menos que los otros reyes. Le regalé una copia de mi Relación, pero ella se quejó de que no la comprendía cabalmente, que era un extraño trufado de lenguas. Se la entregó al secretario, Jacques Fabre, para que la pasara a un buen francés. Cualquiera traducción se dice que es mala, pero si hay mala intención, como hubo en este caso, los resultados son aún peores. Ese tal Fabre no sólo enmendó mi historia como si él hubiera estado allí, sino que además la mutiló de un modo lamentable. No sólo ha desfigurado la obra de otro hombre, por lo que me han contado, sino que ha cometido un lamentable atentado contra la verdad.

Me fui de aquella corte, defraudado una vez más. No sólo porque nadie se dignaba recompensar mi trabajo más que con unos halagos que consideraban pago suficiente, sino porque aquella reina únicamente estaba interesada en conocer los desacuerdos entre los primos que gobernaban España y Portugal, y me interrumpía constantemente con preguntas que no venían a cuento. Se interesaba por aquel modo en que se repartían el mundo y de cómo iban a ponerse de acuerdo para trazar fronteras en el mar, ahora que parecía que el mundo era redondo y no un plano encima de una mesa. Había demostrado mucha astucia al introducirse, sigilosa como una hurona en una madriguera, en la corte de Francia cuando se quedó viuda. Sus maniobras acabaron casando a su hijo Francisco con la heredera y así lo sentó en el trono. Y también cuentan, no es sólido mi conocimiento en esos altos negocios, que la reina se manejaba bien en las negociaciones, como demostró en la Paz de las Damas, en Cambrai.

Los negocios de la política no sólo me aburren, sino que me dan miedo, tengo un verdadero pavor a que me atrapen con sus viscosos tentáculos. Muchos aceptan esa servidumbre por dar satisfacción a sus ambiciones o para hacerse ricos vendiendo la honradez. Demuestran que son extraordinarios mercaderes pues por una honradez que no existe consiguen cobrar fuertes sumas.

A mí me compensa más la rectitud de los principios. Por eso admiré a don Fernando de Magallanes, que puso por encima de los mezquinos intereses de los hombres con los que tuvo que bregar, el sueño de ver culminada su hazaña, aún a riesgo de que sus compatriotas lo trataran de traidor. Algu-

nos de los hombres de la expedición, habituados a los saqueos y los abusos, odiaban que se les impidiera dar rienda suelta a sus instintos entre aquellos salvajes que, a fin de cuentas, no eran ni cristianos. Otros le reprochaban que, pudiendo tomar las cosas por la fuerza, se enredara en complicados trueques y negociaciones. Sólo los grandes hombres pueden mantenerse firmes y no dejarse caer por la empuñada ladera de las pasiones.

Después de un largo peregrinaje de seis meses, llegué a Mantua, gracias a la amable invitación de la marquesa Isabel de Este y su marido el marqués Giovan Francesco. Doña Isabel era hermana del duque de Ferrara, Alfonso, que fue marido de la famosa Lucrecia Borgia que tantas leyendas ha protagonizado. Tenía parentesco, doña Isabel, con algunos nobles de Vicenza, mi patria, y quizá por eso siempre me manifestó cariño.

Y llegado a este punto, no puedo dejar pasar la ocasión de desmentir malintencionados rumores. Algunos se han empeñado en achacar mi poco trato con las mujeres a que mi corazón pertenecía a aquella alta dama. Pero yo nunca sentí, cerca de ella, esas bajas llamadas de la carne. No sólo porque ella fuera de tan alta alcurnia, pariente de los Sforza y casada, por añadidura, con el marqués de Mantua que fue mi amigo y mi protector, yo no podía ni soñar con alcanzarla con mis manos. Cuando yo nací, ella ya era una dama que se hacía pintar por el gran Leonardo; cuando la vi por primera vez, ya su belleza empezaba a claudicar empujada por el paso de los años. De cualquier modo, la marquesa era una mujer considerada por todos, respetada por su alta inteligencia, su amor por todas las artes y su sensibilidad para apreciar todo aquello que pertenecía al reino de la belleza: fue pintada por el gran Leonardo, protegió a Rafael y a otros artistas que han dado gloria a nuestros reinos.

Tampoco pude gozar mucho de la hospitalidad en Mantua, porque los venecianos también me reclamaban. El nuevo dux, Andrea Gritti, tuvo la deferencia de recibirme en aquel hermoso palacio asomado a la Piazzetta. Los venecianos son el pueblo más marinero de la Tierra pues su propia ciudad no es más que un hermoso navío embarrancado. Sus barcos van y vienen de un lado al otro del mar y no hay puerto que se precie en que no tengan su mesa los venecianos.

El dux y los de su consejo comentaban mucho las aventuras que yo les contaba y, por las preguntas que me hacían, se dejaba entender que eran

gente avezada en las artes de la navegación e interesados en el provecho que para sus intereses comerciales podrían ofrecer las nuevas tierras. Desde que los portugueses habían abierto rutas nuevas hacia Oriente bordeando África, habían perdido parte de su negocio. Ahora, cuando habíamos demostrado que igual se llegaba a las islas de las especias y a la seda de China por un lado que por el otro, estarían pensando cómo sacar su tajada, máxime cuando los turcos dominaban las rutas terrestres. Me ponía triste pensar que para quienes los viajes solo son el medio de hacer negocios se pierde el placer de disfrutar de las cosas nuevas y de los conocimientos que esos mismos viajes pueden proporcionar.

Y para demostrar, finalmente, que todos los caminos llevan a Roma, aunque haya que dar un rodeo dando la vuelta al mundo por los mares del Sur y las Molucas, el Papa me rogó que fuera a visitarlo. Rogar es una forma de decirlo, porque el mensaje tenía más carácter de orden:

«Debéis dirigiros inmediatamente a Su Santidad y posponer cualquier otra cosa», rezaba escuetamente el mensaje.

La cátedra de san Pedro la ocupaba Clemente VII, recién elegido a finales de 1523, mientras yo estaba en Venecia. Me halagaba que fuera en mí en uno de los primeros en que pensara nada más ser elegido. Aún más porque decían que era hombre culto, inteligente y protector de los artistas.

Y de camino a Roma tuve el más dichoso encuentro de mi vida. Una prueba más de que los viajes no solo tienen que ser la culminación de un negocio concreto, sino que, en su curso, pueden darnos las más insospechadas sorpresas. Junto al lago cerca de Viterbo me encontré con el Gran Maestre de los Hospitalarios, Philippe Villiers de l'Isle-Adam. Tras la dolorosa caída de Rodas un año o dos antes, no tenían sede fija. El Emperador Carlos V le cedió, después, la isla de Malta y Trípoli para que pudieran asentarse. Habían resistido tenazmente en la isla de Rodas, pero la superioridad de la armada turca los obligó a capitular tras meses de asedio.

Enseguida se interesó por mi viaje y mis escritos, y se hizo mi amigo, pese a ser tan gran señor y yo un simple caballero sin posesiones. Prometí dedicarle el libro una vez lo terminase de ordenar. Con tanto viaje, no hallaba tiempo

para poner orden en aquellas notas que había tomado a lo largo de años de navegación. El Gran Maestro fue generoso conmigo mientras vivió y sólo gracias a él pude poner un poco de seguridad en mi vida.

Hube de seguir camino hacia Roma. Allí, y nada más llegar, el Papa me urgía para que le entregara copia del libro para darlo a la imprenta. Los poderosos, acostumbrados a mandar, piensan que una obra compleja como un libro es cosa que se inventa de un día para otro, como quien da una palmada. No suele ser para ellos la paciencia una virtud muy usada. Sin embargo, para los que escribimos es la principal de las virtudes. Yo tenía el contenido entero del libro, que no sería otra cosa que la relación del viaje. Tenía anotaciones en un montón de legajos; y donde lo escrito presentaba alguna laguna, ya la memoria lo subsanaba.

Otra cosa distinta es poner en orden todo ese material. Tuve que ponerme, pacientemente, a trabajar con todos los sentidos para terminar el libro. Había prometido servir al marqués de Mantua, tras la visita a Roma, pero el Papa me obligó a quedarme en simple condición de doméstico. A veces los hombres de letras hemos de conformarnos con estas humillaciones. Me desahogaba, aquellos meses, escribiendo cartas al marqués y su esposa donde contaba las penas y les prometía una copia del libro en cuanto fuera posible, si por fin Su Santidad lo daba a la imprenta.

Como no tenía ningún rango eclesiástico, lo pienso ahora, me dolía la humillación de verme convertido en fámulo, cuando otros hombres de menor valía tenían grandes lujos y dignidades que sin duda no se habían ganado por la fuerza de sus obras. Como todos los otros grandes señores que me habían recibido, el Papa pensaba que me pagaba con un ligero halago y un minuto de atención. Por otra parte, también me incomodaba que Su Santidad, que tanto me había urgido para acabar el libro, cuando lo terminé se ocupaba en mil negocios y no lo terminaba de entregar a la estampa. La juventud es impaciente, y yo hervía de ganas de verlo publicado.

Para el verano de 1524, cansado de esperar, regresé a Venecia a ver si el libro tenía mejor fortuna. Con la ayuda de mi señor el marqués de Mantua, que envió a su ministro Battista Malatesta para que intercediera en el negocio, solicité al dux el privilegio de ser el único en imprimir y vender el libro por

veinte años. Por muy generoso que fuera Dios conmigo, con ese plazo sería suficiente. Me concedieron ese derecho y lo protegieron amenazando con multas y confiscaciones a todo aquel que quisiera traer o imprimir el libro sin mi permiso. Parecía un buen negocio y que al fin mis trabajos iban a ser recompensados con monedas contantes y sonantes, y no sólo con buenas palabras.

El ministro, acostumbrado a la lengua administrativa, me ayudó a redactar la petición:

«Os suplico que me concedáis la gracia de que nadie, en los próximos veinte años, podrá hacer imprimir este libro sin mi consentimiento, bajo pena, para quien lo imprima o, habiéndolo impreso fuera, lo traiga para acá, de verse confiscar todos los libros, y de ser condenado además a una multa de tres libras por libro. La ejecución de esto puede ser confiada a cualquier magistrado de la ciudad, y la multa percibida será dividida en un tercio para Vuestra Señoría, en un tercio para el demandante, y en un tercio para los que se encarguen de su ejecución. También...».

—Es importante que todos se sientan partícipes de la justicia —me confesó Battista Malatesta— y la mejor manera de participar es alcanzar una parte. Y tú también saldrás ganando, porque su ganancia también es la tuya.

El propio Malatesta me buscó impresor. Este me pidió 1500 ducados para afrontar los primeros gastos. Ahí me di perfecta cuenta de que los poderosos me invitaban a sus palacios, a sus mesas, me prestaban oídos, pero se habían olvidado de dejar ni una sola moneda en mi bolsa. De mi largo viaje, yo no había traído oro ni perlas, apenas me había tocado un puñado de especias. Había empleado muchas horas en escribir aquellos legajos que daban fe de los pormenores de las navegaciones, las gentes y los lugares nuevos. Había perdido unas semanas más poniendo orden en aquello. Era injusto que no hubiera sido remunerado por mi trabajo, que ni siquiera pudiera buscar alguna recompensa vendiendo el libro porque no tenía aquellos 1500 ducados que me pedían para comenzar.

Mi única habilidad, desde siempre, era escribir. Con mis cartas di desahogo a mi corazón. Las que el Gran Maestre Philippe Villiers me remitía fueron las

que más consuelo me proporcionaron. Pero, aunque llegaban palabras amables, los ducados no llegaban a Venecia. Regresé a Mantua, cuando se acabaron las esperanzas, con una carta de Malatesta para el marqués explicando mi situación desesperada.

Es cosa sabida que caminar abre el entendimiento, igual que el estarse encerrado lo embota. De camino, igual que Saulo tuvo aquella revelación que lo llevó a la verdad, un compañero me dijo unas palabras que fueron una revelación:

—Los pobres solo podemos esperar que los ducados nos caigan del cielo.

Sabía, como todos aquellos que se adentran en la inmensidad del mar, que solo la fe te mantiene firme, porque todo lo demás es inseguro. Antes de la partida para aquel gran viaje, Magallanes se ocupó de que todos los hombres oyeran misa y pusieran en paz su alma. A falta de otra cosa segura, teníamos las palabras de Jesucristo que decía que los pájaros del cielo y los bichos del campo encuentran modo de sobrevivir, así que Dios proveerá.

Si no podía confiar en los hombres, podía confiar en la Providencia; de alguna manera los ducados acabarían cayendo del cielo.

Llegué a Mantua, pero no entregué la carta al marqués. En adelante no pondría mi fe en los hombres que como yo perecerán y se los comerán los gusanos. Hasta del buen Magallanes, el hombre más grande que he conocido, quedará sólo un montón de huesos en alguna lejana isla llena de salvajes. Solamente si tenemos un alma inmortal podremos trascender las miserias de la carne.

Yo no tenía grandes estudios, no había vivido en los monasterios ni había ido a las universidades. Aquellas cosas que pensaba me daban miedo, pues nadie por su cuenta puede hallar la verdad, sino que le ha de ser revelada o mostrada por quien tenga conocimiento y autoridad para hacerlo. Los siglos estaban llenos de hogueras donde se había quemado a todos aquellos que habían tomado caminos propios alejados de la Iglesia. Los pastores le tienen poco aprecio a las ovejas descarriadas, por eso valoran tanto el conservarlas en el rebaño. Hoy vivimos tiempos revueltos, los falsos pastores levantan su voz por todas partes para confundir al rebaño, así que se avecinan otra vez las hogueras.

Puedo escribirlo porque no tengo ya nada que perder. Y la seguridad de que nadie leerá esto mientras yo viva me permite ser franco: la Iglesia de Roma tiene más miedo a perder los diezmos que las almas de los fieles. Pero esto, en aquellos años, yo no me atrevía ni a pensarlo, cuanto más a decirlo en voz alta. Y mucho menos, claro está, a escribirlo para que un papel fuera prueba suficiente para encerrarme en la oscuridad de una mazmorra, entregarme a la crueldad de los torturadores o atarme a una estaca en lo alto de una pira y prenderle fuego.

Como el Gran Maestre Villiers me había ofrecido su amparo, le escribí solicitando me dejara entrar en aquella dignísima orden de los Caballeros de Rodas. Él, generoso siempre, agilizó los trámites y me admitieron como caballero. Para ello no hacía falta más compromiso que la fidelidad a la Orden, sin necesidad de votos eclesiásticos.

Me vi, de un día para otro, formando parte de una gran familia en la que unos sostenían a los otros hasta entregar la vida si fuera necesario. Sólo de esa manera se explica que un puñado de caballeros pudiera resistir las embestidas de las armadas turcas.

A mí, debo confesarlo, nadie me pidió heroicidad ninguna. Iba de un lado para otro, acostumbrado como estaba a los caminos, recorriendo las posesiones de la Orden en estos reinos y eso me valió el título de «caballero errante». Los más insignes lo decían con un poco de desprecio, porque todos estaban orgullosos de su noble origen. Yo no tenía ninguna mancha en el linaje, aunque mis antepasados no tuvieron poder ni riquezas. De todos modos, hay que recordar a Magallanes que, aunque portugués, colocó su estandarte en el mástil debajo del del Emperador y no por eso fue menor su hazaña. Sin duda a los hombres deberíamos juzgarlos más por sus obras que por su cuna.

Para atender a mis necesidades personales me concedieron los beneficios de Nursia. La ciudad había conocido tiempos mejores, pero nadie le podía arrebatarse la gloria de haber sido cuna de san Benito y de su hermana santa Escolástica. Tenía edificios de interés, como la basílica que construyeron donde dicen que estuvo la casa natal de los santos. Si no me hacían rico aquellos beneficios, me permitían vivir sin tener que acogerme a la hospitalidad ajena. Y, lo que fue más importante, me habían caído del cielo los ducados necesarios

para imprimir el libro. Me parecía mentira que hubiera costado tanto esfuerzo y tanto tiempo poner en la imprenta un libro que sería útil a todos; cada día salían miles de ellos que carecían del menor interés.

El impresor me pidió que revisase las pruebas por evitar errores en el resultado final. Yo, lo reconozco sin remordimiento, no puse demasiado celo y el texto salió con demasiadas faltas. No somos los humanos un ejemplo de perfección, así que el libro fue buen ejemplo de mi humanidad. Entre mis defectos no se cuenta el ser desagradecido, procuré que la dedicatoria no dejase dudas:

ANTONIO PIGAPHETA PATRICIO VICENTINO Y CABALLERO DE RHODAS AL ILUSTRÍSIMO Y MUY EXCELENTE SEÑOR PHILIPPE DE VILLERS LISLEADAN ÍNCLITO GRAN MAESTRE DE RHODAS SU SEÑOR VENERADÍSIMO.

Un libro, cuando sale de la imprenta es como una mariposa. No sólo por su hermosa forma, sino también porque puede aletear y alejarse. En él se ha producido ese maravilloso milagro de la metamorfosis en que los gusanos de mis legajos se convirtieron en mariposas. Arrugados y sucios de arrastrarse por el lodo de medio mundo, adquirieron nueva apariencia sin dejar de ser la misma cosa.

Cuando al fin tuve en mis manos los libros recién impresos tuve un arranque de idolatría. Que Dios me perdone si eso es pecado, como cuando los israelitas adoraron al becerro de oro en ausencia de Moisés, pero me vi acariciando las tersas páginas, metiendo mi nariz en ellas para oler la tinta reciente y abriendo al azar por cualquier parte para leer, como si fueran de otro, las frases que mi pluma había escrito.

Y como aquel santo Job al que el señor recompensó después de exponerlo a todas las privaciones, a mí me fueron dados también los beneficios de Todi. Doy gracias a Dios porque, entre unas cosas y otras, he alcanzado cierta tranquilidad, aunque la condición humana no alcanzará la verdadera paz más que cuando pueda cantar en compañía de los ángeles.

De cualquier modo, esos beneficios me han permitido sacar a la luz el libro que hablará de mí en los siglos futuros, cuando yo no sea más que polvo. Y, en-

tre tanto, me han permitido levantar esta casita cerca del río donde vivo pacíficamente. Cada día me asomo al puente por estirar las piernas y evitar que se me embote el entendimiento. Y también ver correr el agua que ya se sabe que nos recuerda la caducidad de la vida humana. Esta es agua suficiente para mantener los recuerdos vivos. Los otros caballeros de la Orden me decían que fuese a vivir a Malta, pero yo les pedía detalles de aquella isla y, cuando me los daban, se me quitaban las ganas de ir hasta allí. Me decían que era una roca en la inmensidad del mar, un gran navío que surcaba las olas eternamente. Pero yo estuve tres años en el mar, dando la vuelta al mundo. Para un hombre de tierra adentro, a quien Dios no dio agallas ni aletas, creo que ya es navegación suficiente.

Venta Santa Ana

Juan Carlos Cabral

Relato ganador del accésit del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2021»

Venta Santa Ana

Juan Carlos Cabral

Quando llegaron los soldados a la venta y casa de postas de mi padre, junto al camino real de Andalucía, a las faldas del otero Conde, nunca imaginé cuánto cambiaría mi vida. Tenía nueve años.

Ver a los soldados me era familiar. Desde hacía unos años, sus continuas idas y venidas eran comunes. Construían un largo camino que no sabía adonde llegaba. El camino atravesaba la huerta familiar, a un kilómetro al suroeste de donde vivíamos. Los veía subiendo el Conde, donde establecieron un pequeño campamento. Supongo que era el sitio desde el que dominaban todo.

En todo este tiempo, no llegaron a nuestra casa. Yo salía al camino cuando divisaba el polvo que levantaban las caballerías y sus carruajes. Al pasar, me saludaban algunos de los soldados, pero nunca los tuve cerca.

Un día los soldados se presentaron en la puerta de la fragua, en ese momento, mi padre paró de golpear el yunque y yo que avivaba la fragua también me detuve. Un soldado descabalgó con su uniforme azul de ribetes y cuello rojos, correa blanca y un gran escudo en la hebilla del cinturón que nunca olvidaré.

—¡Buenos días! Me envía Manuel, el capataz de «El Raso», que dice que pregunte por Juan.

Mi padre, limpiándose el sudor con su pañuelo de hierbas, mientras colgaba el mandil, se dirigió a él con un seco:

—A sus órdenes, mi capitán. Yo soy Juan, ¿en qué le puedo ayudar?

—Disculpe, soy el capitán Monet, Manuel me ha dicho que usted es el hombre que necesito, le ha puesto por las nubes.

—Pues dígame...

Yo observaba con atención toda la escena, deslumbrado por el uniforme y su sable plateado.

—Estamos transportando un material muy delicado y el carro está a punto de perder una rueda. No puedo traerla hasta aquí para arreglarla, ni quiero que mis soldados toquen el carro. Está a unos quince minutos cabalgando al norte de la carretera. Es de vital importancia que lleguemos al paraje de Carboneras cuanto antes.

—Dígame ¿qué tipo de avería tiene?, ¿es el buje, la maza, un rayo?

—El sargento García le informará, será preciso que coja todo el material que necesite y nos acompañe. ¿Sería posible beber agua fresca? y ¿dar de beber a los caballos?

Dirigiéndose a mí, padre me ordenó que acompañase al capitán a la casa, que madre le ofreciera lo que deseara y luego indicase a los otros soldados dónde estaban el pozo y el abrevadero.

Eso es lo que hice, en el trayecto que separaba la fragua de casa, el capitán se dirigió a mí:

—¿Cómo te llamas, zagal?

—Me llamo Antonio, señor—acerté a decir titubeando.

—Antonio, yo soy Fernando —me indicó, revolviéndome el pelo con su mano enguantada.

Le acompañé y conté a madre las indicaciones que padre me dio. Ella, con su sonrisa dio a entender ¡cómo no!, y le sirvió un vaso de agua fresca. Salí

corriendo a seguir con las instrucciones de padre y llevé al resto del destacamento al abrevadero.

Regresé a la casa y el capitán ya estaba sentado, con un vaso de vino y un plato de queso que madre le dispuso.

Preguntaba sobre cómo fue la última vendimia, que si el vino era de esa cosecha y si algún soldado les había molestado por la casa. Tímidamente mi madre respondía a todo complacida.

Pasados unos minutos, apareció padre acompañado por el sargento.

—Mi capitán tenemos todo dispuesto —dijo padre apremiándolo.

—¿Padre puedo acompañarle?

—No hijo, un destacamento no es lugar para un niño.

El capitán le apuntó que por su parte no era ningún problema y así podía ayudarle en la reparación.

Feliz, monté en el carro que ya tenía preparado padre con su capacha, donde pude ver el martillo, las tenazas, la azuela de mano, la sierra de arco, el gramil y la rodela. En la caja también estaban la fragua portátil de ventilador, un saquete de carbón, madera preformada para rayos y diferentes bujes, cinchos, boceles, tablones, cuñas y el material que él consideró necesario.

En el pescante de nuestro carro le pregunté a padre:

—¿Por qué les ayudamos?

—Hijo, si alguien te pide un favor y puedes hacerlo: hazlo. No te preguntes por qué.

Al cabo de unos minutos, llegamos a la fila de carros que se encontraba detenida. Me fascinaba cómo todos los soldados, se cuadraban y saludaban al paso del capitán.

Llegamos al tercer carromato, al que los soldados habían desmontado los tapiales de un lateral y permitían ver en su interior, sobre un lecho de espesa paja y sobre cuatro ballestas dispuestas al revés, un gran cajón mucho más largo que alto y ancho asegurado por cuerdas, en el que podía leer grabado a fuego en el lateral: BRÜNNER, PARÍS, rue de Vaugirard N° 183.

Cuando bajamos, el capitán le indicó a mi padre que todos los soldados estaban a su disposición, para la reparación, y que él dirigiría las operaciones.

Padre se dispuso a la reparación: mandó desenganchar los caballos, calzar las ruedas y, entre todos los soldados, levantaron el carro dejando la rueda rota en el aire. Dispusieron una serie de tablones y cuñas para mantenerlo elevado. Ayudado por la tropa, sacaron la rueda del buje y una vez sobre unos durmientes, en el suelo, empezaron a trabajar.

Yo le acercaba las herramientas que los soldados no acertaban a elegir. Mientras, a gritos, eran apremiados por el bigotudo sargento.

La reparación se prolongó. Quizá más de lo esperado. El capitán regresó por allí preguntando a mi padre por el progreso, que le dijo que quería reforzar un poco más el arreglo y que le llevaría una hora, aproximadamente.

Fernando se dirigió a mi padre y mirándome le preguntó si no le importaba que yo le acompañara a su carro a comer algo. Padre asintió y yo le seguí. Atravesamos el pequeño convoy para llegar al primer carro, ascendimos por una escalera y Fernando me invitó a sentarme. Me ofreció una manzana, que comí ávidamente mientras observaba todo a mi alrededor. Él se sentó en su mesa, era el primer carro con mesa y sillas que veía. Rodeado de rollos de papel, cajas y fundas de cuero de diferentes formas.

En voz alta, sin darme cuenta, empecé a leer en una de las cajas: REP... SOLD, REPSOLD.

El capitán alzó la vista y me dijo sorprendido:

—¡Sabes leer! ¿Vas a la escuela?

—Sí señor —le respondí.

—Sé leer, escribir y contar, gracias a Someruelos —terminé, con la coletilla aprendida.

—¿Quién te enseñó eso? —el capitán no paraba de reírse.

—Mi maestro, señor, ¿Qué significa REPSOLD?

—No significa nada, es el nombre de un fabricante alemán de instrumentos de precisión.

Me indicó que me acercara a la mesa y me preguntó:

—¿Has visto un mapa alguna vez?

—No, señor.

Entonces desplegó sobre la mesa la hoja de papel más grande que había visto nunca y me dijo:

—¿Sabes qué es? ¿Lo entiendes?

Yo negaba con la cabeza, mientras veía una telaraña de líneas sinuosas de color siena, cuadrados pintados de rojo y múltiples palabras y números escritos en él y sobre todo, una enorme línea recta que atravesaba en diagonal todo el mapa.

—Es una representación de la Tierra —me aclaró.

—¿Toda la Tierra? —pregunté

—Riéndose me dijo:

—No, éste representa un trozo que conoces muy bien —y me señaló una agrupación de muchos cuadraditos pintados de rojo y me pidió que leyese la palabra junto a ellos.

Sin dificultad leí: venta. Y sonriendo le dije:

—¡Es la aldea!

—Un mapa es como si lo viésemos todo desde el cielo, muy alto. Por eso no se ven todas las cosas, pero sí representamos las más importantes.

—¿Está mi casa? No paraba de reírse

—Para mí es importante

Me señaló el centro de la hoja y preguntó, que ponía junto a un montón de curvas.

—Conde, ¡Es el cerro! ¡Es el cerro! —grité, contento de acertar. Él también parecía complacido.

Apuntó a un grupo de pequeños cuadritos rojos, y me dijo:

—Uno de éstos es tu casa.

Con cada paciente explicación del capitán, aquella incomprendida hoja tomaba sentido. Podía recorrer el camino real de Andalucía con el dedo, identificar la vereda que me llevaba a la huerta familiar, la Cañada del Congosto que recorríamos al ir a visitar el cortijo donde vivían mis tíos, el camino de Villacañas, todo cabía en esa hoja...

Cuando me reveló que una línea unida por muchos puntitos, representaba la línea telegráfica paralela a la carretera, dije:

—¡Parece una fila de hormigas! y los dos nos echamos a reír.

No sé el tiempo que pasó, pero me resultó corto. Aprendí que el Norte en los mapas está siempre arriba de las hojas, el Sur abajo, por donde sale el sol a la derecha y por tanto, a la izquierda el poniente.

Desplegó otro mapa y me hizo descubrir España. Me mostró dónde estábamos nosotros, dónde se situaban y a qué distancia se encontraban Madrid la capital, Cádiz, Valladolid, Barcelona, Sevilla, Toledo, Valencia y las princi-

pales poblaciones. Confieso que es la primera vez que viajé en mi vida y que pude apreciar todo lo que me quedaba por ver.

Tan emocionado estaba que no escuché a mi padre abrir la lona del carruaje.

—¡Estás aquí, Antonio! ¡No molestes al capitán!

—No es ninguna molestia Juan. Antonio es un chico muy listo, ¿lo sabe?

—Bueno, mi capitán, sí que es espabilado y aprende rápido todo, eso es verdad.

—Debería intentar que estudiase, y digo más allá de la escuela a la que va.

—Su maestro también nos lo ha indicado. Es nuestro único hijo. Hemos perdido a dos antes de poder tenerle y haremos todo lo que esté en nuestras manos.

Fernando respondió:

—Le comprendo, mi mujer y yo también hemos pasado por una pérdida... dejó un silencio y cambió de tema.

—Bueno Juan, ¿esa rueda aguantará hasta llegar a Carboneras?

—¡Y más lejos! —añadió mi padre. Entonces se giró y me susurró:

—Sí, nosotros también tenemos que reanudar la marcha, les escoltaremos hasta su casa.

En el carro, con mi padre, de regreso a casa, no callé ni un minuto contándole el universo que había descubierto en los mapas.

Esa noche de finales de mayo de 1858, no podía dormir. Seguía viajando en ese mapa en el que estaba lo «más importante».

Al regresar a clase, cuando mostré mi entusiasmo por los mapas, el maestro buscó uno y nos explicó a toda la clase cómo se podían leer y qué significaba su simbología.

Acabé el curso y llegó el verano.

Mi vida continuaba, ayudando en casa, en todas las labores a mi alcance.

Cuando divisaba una columna de soldados, salía corriendo por si volvía a ver al capitán. Pero no fue hasta finales de julio, un día que mi madre me envió temprano a la huerta por tomates frescos. Por los polvorientos caminos rodeados de vid y de dorada cebada, me dirigía al huerto cuando, a lo lejos, vi una construcción: una caseta alargada rodeada por numerosas tiendas de campaña, caballerías y soldados. Cuál fue mi sorpresa cuando una parte de esa construcción comenzó a moverse entre los cereales.

Curioso, corrí para ver qué estaba pasando junto al huerto familiar. Subí a la higuera y desde allí pude observar una construcción de mampostería, encerrando un cilindro blanco en el centro del camino y la nave de madera, con paredes solo por un lado. En su interior, nueve soldados se afanaban en labores que no entendía, miraban a través de dorados instrumentos, tomando anotaciones.

La caseta, que se movía misteriosamente, era llevada por doce soldados que la colocaban cuidadosamente delante de la galería, que no era más que ocho casetas juntas, iguales a la que movían ahora.

Justo delante de donde la dejaban, otro grupo de soldados se afanaban en colocar, siguiendo las indicaciones dadas desde la galería, unas grandes piedras triangulares que parecían muy pesadas.

Cerca, pude ver abierta la caja que estaba en el carro que reparó mi padre.

No podía ver muy bien lo que hacían, así que me acerqué y como nadie me decía nada, me senté justo en el borde del camino. Ensimismado, me sorprendió por detrás el sonido de unos cascos. De un brinco me incorporé, cuando la montura se detuvo junto a mí.

—¡Antonio! ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —el capitán no podía creerse que fuera yo.

—He venido a por tomates.

El empezó a reír y me dijo:

—¿Quieres saber lo que estamos haciendo?

Con los ojos brillantes asentí. Me llevó a la misteriosa galería y, con la emoción de alguien al que apasiona su trabajo y sabe de su importancia, me contó para que pudiese entenderlo el trabajo que estaban llevando a cabo.

Medían el lado del primer triángulo, con el que dibujarían el mapa más preciso de España hasta la fecha.

El capitán envió a un soldado a la huerta a recoger los tomates para que los llevase a la venta, con instrucciones de ayudar a mis padres en lo que necesitaran, e informarles de que me quedaría con él todo el día y que me llevaría de regreso.

Dentro de la caseta, el trabajo no cesaba. Meticulosamente, sin prisa, todo era reiterado y comprobado. Se medía la temperatura, la presión atmosférica, datos cuidadosamente anotados, en unas largas listas de números que no comprendía.

A indicaciones del capitán, me dejaron mirar por los telescopios de aquellos hermosos aparatos. Dentro de aquel tubo, aparecía una construcción muy lejana con una franja blanca en el centro de una cruz.

Al mediodía, comí en la tienda del capitán, y dimos unas vueltas por el campamento. Cuando llegamos a la construcción de fábrica, pude ver sus dos puertas abiertas y en el interior, una gran losa con cuatro anillas en los bordes, donde estaba el cilindro blanco en el que podía leerse: BASE, MAPA.

—Mi capitán ¿Qué nombre ponemos a este vértice?— Preguntó el sargento que culminaba las tareas de la caseta. El capitán, pensando, se dirigió a mí y me preguntó:

—¿Cómo se llama este paraje?

—No sé —dije— ¿Huertas?

—Ya ha escuchado, sargento, ¡ese es el nombre!

Al atardecer, me llevó de regreso a la grupa de su caballo y cuando llegamos a casa, les dijo a mis padres si podía hablar con ellos.

Mi padre me envió a bañarme y aunque no estuve en esa conversación, años después de marcharse los soldados, supe que trataba de mi futuro.

Seis años después, mis padres me enviaron a Madrid donde estudié bachillerato. Me acogieron en casa del ya ascendido comandante Fernando Monet, cuya esposa Dolores, me recibió como a un hijo.

Cuando fui bachiller, ingresé en la escuela especial dirigida por la Comisión de Estadística General del Reino, donde completé mi formación para la realización de las operaciones de medición.

En esos años, el comandante me presentó al General Ibáñez e Ibáñez de Ibero, el diseñador de la regla con la que se midió la base de Madrideojos, aquel delicado instrumento que estaba en el carro que reparó mi padre, aquel 21 de mayo de 1858.

En 1881, completados mis estudios universitarios en matemáticas y física, y tras varias campañas de medición de la red de vértices de primer orden por toda la península, me fue encomendada la misión del transporte de la regla, para dirigir la medición de la base de Bellizona, para el gobierno suizo.

Hoy, sigo siendo fiel a los consejos de mi padre:

Si alguien te pide un favor y está en tu mano: hazlo.

Para los que la generalización no es más que una invitación a la imaginación. A todos los que se pierden en los mapas descubriendo mundos.

ANEXO

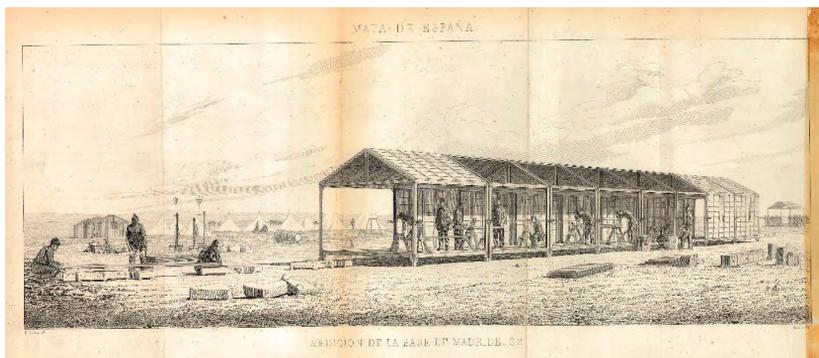


Figura 1

De la cartoteca del IGN

Vista general de la medición de la base de Madrideojos (Toledo), lado de partida de la triangulación geodésica, realizada en 1858 por la Comisión creada por Real Decreto de 14 de octubre de 1853 para la formación del Mapa de España.

E. Stüler G°.

Imprenta de M. Rivadeneyra, Madrid, (1859) 1865

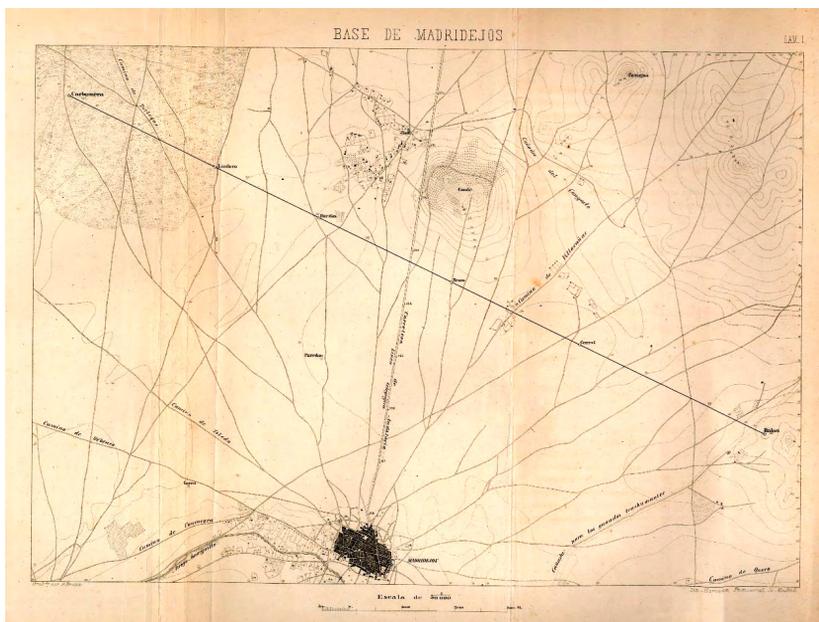


Figura 2

De la cartoteca del IGN

Mapa a escala 1:50.000 con la representación de línea que define la base de Madrideojos (Toledo), lado de partida de la triangulación geodésica.

P. Braun.

Imprenta de M. Rivadeneyra, Madrid, (1859) 1861

Nadie sube solo
a la montaña

Elena Solera

Nadie sube solo a la montaña

Elena Solera

—¿No llevas compañero?

El vozarrón me hizo dar un respingo. Tenía solo dos ojos, pero daba la impresión de que te miraba con algo más. No es que fueran demasiado grandes sino de un marrón intensísimo. No diría que fueran color avellana. Eran tostados, como el tabaco o el chocolate. Chocolate negro. Y tabaco de La Habana. Como los ojos de Marco. Pero no era el momento de ponerse a darle vueltas a una cuestión que estaba zanjada. Frené un nudo de culpa prematura. Lo había pensado bien. Lo había planificado con cuidado extremo. Y todavía no había llegado la hora de mostrar compasión, pena o debilidad. Debía atesorar esos sentimientos para luego, para mostrar un dolor convincente cuando me hablaran de su desaparición. Creo que miraban desde muy adentro. Los ojos del montañero desconocido eran tan hondos como el precipicio por el que había arrojado a Marco doce horas antes.

Había notado la presencia del hombre desconocido al adentrarme en el valle. Un polar rojo moviéndose entre los riscos del glaciar con la soltura de un sarrío, acompañado de un palo amarillo muy grueso que no le servía de bastón. No era un paso fácil. Desde lo alto de la cornisa, la explanada de roca parecía poco más que un paseo. Sin embargo, la blancura de la piedra tamizaba una falsa llanura de rocas puntiagudas, segadas por el hielo de centenares, de miles, de decenas de miles de años, que había ido cercenando la blanda caliza hasta convertirla en penetrantes cornisas, grava picuda y paredes verticales. Yo descendía en eses y, cuando no encontraba una roca sobre la que armar

el siguiente paso, dejaba caer la mochila un par de metros y me descolgaba como un escalador. Las barras rojas y amarillas que señalizaban la ruta habían desaparecido hacía tiempo. Los senderistas las habían sustituido por mojones de piedras, colocadas unas encima de las otras como un castillo de naipes. Me costaba distinguirlos con claridad, pero yo conocía bien el camino de vuelta al *parking*: el desfiladero, el glaciar, el bosque, el collado y la pradera.

Noté que estaba allí, pero que alguien más hubiera subido al monte aquel día ponía en riesgo mi plan. ¿Quién iba allí en un día laborable? Daba igual. Tenía que concentrarme en salir de allí cuanto antes. Primero, llegar al *parking*. Segundo, deshacerme de todo lo que Marco dejó en el coche cuando subimos —creía que solo eran los zapatos y los calcetines, pero podría haber algo más—. Tercero, conducir hasta la ciudad y, cuando alguien me preguntara por Marco, contestar que no lo había visto desde el viernes, cuando nos deseamos un buen fin de semana antes de salir de la oficina.

Llegué al punto más bajo del valle. Ni rastro del viejo. Seguro que habían sido figuraciones mías. Estaba segura de que había atado todos los cabos. No había un hombre misterioso. No me perseguía. No me había cruzado con nadie por el camino. Inicié el ascenso de la cara oeste del glaciar y, después de caminar cien metros entre las rocas, llegué a un punto ciego. No podía continuar. Dejé mi mochila sobre lo alto de una pared. Con la punta de la bota probé la estabilidad de las rocas circundantes y me disponía a trepar cuando escuché sus palabras.

—¿Y el compañero? —preguntó.

No me salió la voz. Negué con la cabeza. No podía dejar de mirar sus ojos, que tenían el color del café, del café solo, sin azúcar. De tan amargo, casi ácido. ¿Qué quería aquel hombre? Intenté mantener la calma. Pero, de repente, ahí estaba, en cuclillas, un desconocido que me observaba dos metros por encima de cabeza. No sabía por dónde me había adelantado ni cómo había logrado subir más alto que yo en tan poco tiempo. Mi primera reacción fue buscar a izquierda y derecha la ruta que yo no había visto. ¿Dónde quedaban los mojones? Lo observé con cuidado. A cada lado de la nariz le caía un surco profundo como un cortafuegos. Llevaba puesto un polar raído y el gorro tapaba dos tercios de las arrugas de su frente. Se puso de pie y apoyó las manos

sobre el palo amarillo que, según pude ver, se trataba de un trípode unido a máquina que no supe identificar. Me asusté un poco. Parecía que, después de todo, el montañero había seguido mis pasos. ¿Desde cuándo? En el refugio había pasado la noche sola. Aquella ruta no tenía muchas conexiones. La ruta quedaba al lado de una mina, que llevaba décadas abandonada. La querían rehabilitar, decía la gente, pero el proyecto siempre se retrasaba. Solo los alpinistas que subían al pico Arima pasaban por allí. Para hacer pico eran necesarias al menos cinco horas desde el refugio. Era temprano para estar ya de bajada. ¿Vivía en alguna casa al pie de la montaña? Y lo que más me preocupaba de todo: ¿nos había visto a Marco y a mí subir camino del refugio el día anterior?

El montañero se puso en pie y con el dedo índice señaló una senda que quedaba a mi derecha. Comenzó a caminar sobre la cornisa en la que estaba encaramado en la misma dirección. Supuse que quería ayudarme. ¿Acaso no se habla siempre de la solidaridad entre montañeros? Bajé la mochila de la pared y me la colgué en los hombros. Intenté seguirle, pero era muy rápido: solo a marchas forzadas conseguía no perderlo. Cada tres zancadas suyas, si no andaba viva, me quedaba yo una por detrás. El rojo gastado del polar ondeaba entre las rocas. A ratos le veía; luego, no. Si desaparecía un rato largo, tocaba con las patas del trípode en la roca que debía pisar. Entonces, yo me orientaba por el sonido y aceleraba de nuevo el paso para intentar ponerme a su altura. De tan usado, el polar despedía una luz mortecina, muy distinta del color refulgente que debía tener cuando lo compró. O se lo dieron. ¿Por qué rojo? ¿Iba vestido así por algún motivo? ¿Era un uniforme que yo desconocía? A los pocos minutos de iniciar la caminata, sin volverse, me indicó una senda que yo había obviado al pasar por allí. Tomé la ruta que me señalaba sin rechistar. En apenas cinco pasos estuvimos frente a frente.

—¿Y dices que no hay nadie más contigo? —insistió.

Un jubilado. Un jubilado cotilla. Por eso andaba por el monte con una cámara de fotos del Pleistoceno un día de diario. Sus nudillos eran gruesos como tocones sobre los que partir leña, almendras o cosas peores. Tenía los hombros más estrechos que las caderas. Las piernas, dos varas de almendro torcidas, las cubrían unos pantalones con manchas sospechosas. La tela había perdido la batalla de la edad y caía sobre ellas como un mandil que ha visto ya

muchos guisos. Y los ojos, esos pozos rodeados por tantas arrugas como los anillos del tronco de un pino seccionado.

—He salido sola.

¿Quién era aquel señor? Seguí midiendo las posibilidades. El hombre podría haber comenzado su ruta muy de mañana, con la intención de subir al pico Arima. Quizá algo le había hecho cambiar de opinión a mitad de trayecto. El refugio estaba solo a cuatro horas del *parking*. O también podría haber salido de casa de noche. Y, claro, a ese ritmo lo que para mí eran cuatro horas para él serían apenas tres. Así que había llegado al refugio y ya estaba de vuelta. ¿Pero qué sentido tendría subir para bajar corriendo si después se paraba a darle palique a una desconocida? Podía preguntarle sin más. Sin embargo, algo en aquel hombre me empujaba a mantenerme callada. Los ojos. No había mirado a Marco a la cara durante todo el viaje. No podía. Sólo lo hice cuando le empujé por el borde del desfiladero. ¿Qué sintió él? ¿Cómo te mira alguien que quiere deshacerse de ti?

—Nadie sube solo a la montaña —dijo el viejo.

Sabía lo que iba después. La típica charla del montañero experto. Primero, calibraría mi experiencia: que cuántos picos había hecho, que desde cuándo escalaba, que de dónde era, que si las montañas de Madrid no son más que cerros... Después, las recomendaciones. Me había tocado escuchar más de una vez la cháchara de viejos como aquél, a medio camino entre la batallita, el consejo y la reprimenda. Decidí no darle la oportunidad y callarle a la primera. Esperé. Pero no dijo nada. El hombre giró sobre sus pies y siguió caminando. Me seguía costando seguirle el paso. Las raras veces que conseguía acercarme intentaba recoger más datos sobre el montañero. El polar estaba roñoso. ¿Cuántas rutas llevaría sin lavar? Quise llamarle y explicarle que yo no era una imprudente. Pero caí en la cuenta de que el montañero no me había dicho su nombre, ni yo le había dicho a él el mío. Hubiera sido un poco extraño llamarle «señor» u «oiga», como a un camarero. Tampoco nos habíamos dado los buenos días.

—No es verdad. —No conseguí ver la cara del hombre al hablarle porque siguió dándome la espalda—. Mucha gente sale sola a la montaña. Lo he co-

mentado con otras personas antes de hacerlo. Depende de lo hábil que seas para orientarte y de la experiencia que tengas. Si llevas saliendo ya varios años y tomas las precauciones adecuadas, no es muy diferente a cuando dos personas salen juntas. ¡Sé lo que va a decir! Que, después de las imprudencias, vienen los rescates. Pero no hay más rescates a personas que suben solas que a personas que suben en grupo. O al menos el porcentaje no es muy diferente. En fin, hace muchos años que practico senderismo, y también alpinismo y escalada. No soy una irresponsable.

El hombre seguía escurriéndose entre las rocas y no me respondió. No era como el abuelo que a todos nos gustaría tener sino como el tío que esperas que falte a la cena de Nochevieja. Me costaba unir un resuello con el siguiente, y mis frases salían entrecortadas, como una súplica. Su reproche y mis explicaciones habían quedado perdidos en el aire. Tenía que estar muy atenta para seguir sus pasos. El jubilado no paraba nunca a pesar de que el aparato que transportaba parecía bastante pesado. Entendí por qué con el polar rojo le bastaba para vestirse. Tan rápido caminábamos que había empezado a sudar. El abrigo y los guantes me asfixiaban. Iba muy pendiente de no caerme y aquello quizá era bueno. No debía darle muchas vueltas a lo que había sucedido la tarde anterior. Pero el plan se torcía... Contaba con que nadie nos hubiera visto subir juntos al refugio, que nadie me hubiera visto bajar sola. Tenía dudas sobre lo que guardaba el cacharro con lentes que el montañero llevaba en los brazos.

En algún momento, después de hablarle sobre mi derecho a subir la montaña en solitario, me di cuenta de que no estábamos siguiendo la ruta que yo hice con Marco. Los hitos habían desaparecido del camino y también los dibujos de barras con la pintura desgastada. Entonces, hice un esfuerzo por pegarme aún más a sus botas desgastadas.

Entramos en el bosque por un lugar que yo no conocía. Ese bosque no se parecía en nada al que yo había atravesado con Marco el día anterior y que yo tan bien conozco. Las hayas eran más altas, el musgo más frondoso y las raíces de los árboles apenas dejaban al descubierto una senda estrecha, por la que solo cabía un hombre. El aire olía a podredumbre y la luz simulaba un atardecer oscuro, lúgubre y triste, como de funeral. Por el camino de mi ruta cabía un coche, por momentos uno en cada dirección. ¿Dónde estábamos? ¿Quizá ese

camino era más corto? Recordé que el montañero no me había preguntado a dónde me dirigía. Me pareció extraño y estaba segura al cien por cien que el único punto de inicio para subir al Arima era el *parking* de Belarroca. ¿Me estaba llevando a otro lugar?

—¿Has hecho pico? —me preguntó el viejo.

—¿Cómo?

—El Arima —señaló con el trípode en dirección a la montaña.

—No subí a la cima. Me quedé a dormir en el refugio.

—Vas rápido para necesitar dos días de ruta.

—Quería pasear.

—¿Un martes?

Iba a subir, quise decirle. Y también que había cambiado de idea, que el terreno estaba húmedo por las lluvias de los últimos días, que al llegar al refugio me di cuenta de que a más altura la ruta podría complicarse, y claro, que no soy una suicida. Pero ¿quién era él para cuestionar nada de lo que yo dijera? Cada vez que hablaba con él, tenía la impresión de que estaba excusándome, casi pidiendo perdón. ¿Por qué sospechaba que, si comenzaba a contarle mi versión de los hechos, no se pondría de mi parte? Es más, ¿qué derecho tenía a preguntarme qué hacía allí un martes? ¿Es que me estaba probando?

—Quería hacer la ruta con calma. Disfrutarla.

El final de mis palabras se confundió con el ruido de unos pájaros. Me quedó la duda de si el viejo las había escuchado o no. Tampoco me quedó claro si había sonado a disculpa, como una niña que pillan robando una chuchería. Busqué a mi alrededor la fuente de aquellos graznidos. Recordé que aquella era zona de urogallos. Mi familia tenía en las cercanías una casa de veraneo y conocía bien los animales de la zona. Eso era una desventaja: si encontraban pronto su cuerpo, la policía comenzaría a investigarnos.

Dentro de poco llegaría la nieve. Si no lo encontraban antes de la primera nevada, el cuerpo de Marco quedaría oculto hasta la primavera. Nadie sabía que habíamos salido juntos a la montaña. No éramos amigos. Lo único que podría levantar sospechas era que nos hubiéramos pedido días de vacaciones al mismo tiempo.

El viejo continuó caminando por la senda. No me respondía. Comencé a preguntarme si era duro de oído o qué le pasaba. A lo lejos divisé un haya gigante, majestuosa. El tronco debía medir al menos un metro de diámetro. Sus ramas se confundían con las copas de los árboles que la rodeaban. Era imposible saber dónde terminaba un árbol y comenzaba otro. Tenía el aura de un lugar mágico y sonreí cuando mi mente dibujó la silueta de Marco junto a un árbol similar el día anterior. «Aquí duermen las brujas», me había dicho, divertido, en un momento del camino. De haber caminado sola, me habría acercado unos minutos a sentarme en sus raíces. No me atreví. El montañero, me miraba pocas veces, pero a ratos conseguía captar el manto de sus ojos otra vez sobre mí. Su rostro, en particular esa mirada de barro, cada vez me parecía más oscuro y me ensombrecía más el ánimo. Nuestros ojos se cruzaron y creí ver algo más. ¿Odio? ¿Lascivia? ¿Asco? Un relámpago recorrió mis muslos y mis rodillas. Mi cuerpo comenzó a moverse más lento. Era muy importante conservar la calma y ese hombre me irritaba. No sabía quién era ni hacia dónde me estaba guiando. ¿Qué quería de mí? Desprendía una extraña autoridad que me paralizaba y no me dejaba leer sus pensamientos. Decidí que tenía que alejarme de él. Aún podía darme la vuelta y volver a mi ruta, la que yo había seguido desde el principio. Tenía que maniobrar para despistarle. O quizá cuando llegáramos al paso... Eso era un disparate. A Marco podía sorprenderle, pero no a aquel viejo enjuto. Pero, ¿por qué me llevaba por aquella ruta escondida? No se tardaba menos. De hecho, ni siquiera sabía hacia dónde nos dirigíamos. ¿Nos estábamos alejando mucho del camino principal? Tenía que librarme de aquel hombre cuanto antes.

—Voy a parar a comer algo.

Me miró. De nuevo ante él, quise adivinar si sus ojos albergaban alguna pregunta. Me choqué de nuevo con ese muro de fango, engorroso e inalterable.

—¿Vas para Belarroca?

—Sí.

—Pero si está muy cerca. Vamos allí los dos.

Sin volverle la espalda, me quité la mochila de los hombros. Me senté sobre el tocón de un haya que estaba al borde de la senda. El viejo salió de la senda, amortiguó con las manos el tronco de un árbol caído y, después de quitarse la mochila y apoyar contra un árbol la máquina de patas pajizas, se sentó.

Deshice el hatillo donde había guardado la fruta (¿es que nadie se da cuenta de que las bolsas dan sabor a plástico?) y vi que el montañero miraba de reojo la fruta, como contando. Le ofrecí y me dijo que no quería nada. Era obvio que allí había fruta para varias personas y para varios días. Después de rechazar mi ofrecimiento, sin limpiarse las manos con las que había tocado el tronco, sacó de su mochila un trozo de pan, otro de queso y una navaja. Una navaja azulona, con el mango de madera redondeada, parecida a otra que yo había visto en alguna parte. Con ella partía un trozo de queso sobre el pan, se lo echaba a la boca y luego cortaba el borde de la hogaza y también se lo metía a la boca. Masticaba con parsimonia, como con mucho trabajo, llevaba el bolo de un carrillo al otro sin parar. Quizá solo le quedaban muelas. Engullía la comida como las ranas. Me comí una pera. Saqué otra. Él tardó bastante en acabarse el queso. Sobre el polo rojo se quedaron algunas migas y restos de queso, que se sacudió de un manotazo. La navaja, una navaja que yo había visto en algún otro sitio, la guardó en su bolsillo.

—¿Has dejado aviso?

—No lo necesito.

—¿Y dijiste en casa que venías al Arima?

—No dejé dicho que me marchaba.

Tampoco respondió. Todo el mundo necesita avisar a alguien. Él lo sabía. Yo lo sabía. Daba igual fingir. Yo no tenía pinta de ser ese tipo de persona que quiere hacer todas las cosas sola. Eso era lo que él creía. Pero tenía que convencerme de que todo lo que aquel hombre pensara de mí no tenía im-

portancia en aquel momento. Yo tenía un plan. Primero, levantarme; segundo, decirle que volvería a la ruta antigua y, tercero, comenzar a caminar hacia el lugar por donde habíamos entrado al bosque.

El día que decidí que Marco necesitaba una lección habíamos pedido *pizza* para comer. No pensé los detalles en aquel momento. En los días siguientes fui dándole vueltas a cómo haría las cosas. Una situación como aquella no se podía resolver en cinco minutos. Requería planificación. Era un chico simpático, un poco bromista, de los que no tenía que hacer ningún esfuerzo para estar siempre contento y tenía una habilidad especial para ganarse a la gente. Desde que llegó a la empresa —yo llevaba más tiempo que él en la oficina— habíamos vivido momentos increíbles juntos. Habíamos sacado adelante los proyectos más complicados. Llegué a considerarlo mi mano derecha. Con el tiempo, se convirtió en un colaborador. Yo era el cerebro; él, la cara amable. Juntos nos sentíamos imbatibles. Una vez por semana, normalmente los jueves, comíamos juntos en el comedor de la empresa. Él pedía las *pizzas* que más nos gustaban. Hacía tiempo que ya no me preguntaba si quería algo distinto. Cuando llegó a la oficina, cuando sí que lo hacía, yo solía mirar toda la carta de arriba a abajo durante varios minutos. Al final, siempre pedía una siciliana sin pimienta ni aceitunas negras. Aquel día le dije que quería algo distinto.

—Pero si las acabo de pedir.

—No quiero siciliana.

—Llamo y la cambio. Pero me tienes que decir qué quieres.

—Si todavía no lo sé.

—Pues eso es lo que te digo: no sabes lo que quieres.

Me molestó. Yo sabía lo que quería siempre. Pero, además, añadió:

—Y lo que crees que quieres no lo vas a conseguir.

Eso ya lo habíamos hablado. La competición debía ser justa. Quien se llevara al agua el próximo proyecto tenía todas las papeletas para ser el próximo

jefe de equipo. Se estaba postulando para pasarme por delante. Aquello no formaba parte de mis planes. Primero, llevaba más tiempo que él en la empresa. Segundo, no lo había tratado nunca como a un competidor. Tercero, si íbamos a rivalizar, habría que definir unas reglas del juego. Tendría que ser en igualdad de condiciones. En los días siguientes le fui poniendo a prueba y llegué a la conclusión de que me estaba haciendo la cama. No es que estuviera haciendo nada ilegal. Nuestro trato era cordial y no tenía pinta de haber renunciado a ser un apoyo en la compañía. Allí seguían las bromas de siempre, las pizzas de los jueves, la distribución de poderes que nos había dado tanto éxito... Quise poner las cartas encima de la mesa para que definiéramos una forma honesta de llevar el asunto. Sin trampas. Mis intentos de discusión fracasaron. Siempre respondía con una sonrisa. «No sé de qué me hablas. Deja de darle vueltas a las cosas y relájate un poco. Lo que tenga que ser, será». Pero cada vez pasaba menos tiempo conmigo y más tiempo con los jefes. Ellos jugaban al fútbol todos juntos los miércoles por la noche. El director de la empresa hacía sus pinitos como portero y Marco, como lateral derecho. Un día vino contándome que había marcado seis goles en los últimos cinco partidos. Añadió todo tipo de detalles: las carreras por la banda, el empanado de diseño que no hacía nada más que perder balones, las cañas interminables de después.

Entonces, me armé de valor.

Le dije que me gustaría que hiciéramos más cosas juntos, como también hacía con los otros. Y que echaba de menos subir a la montaña, que llevaba meses sin hacerlo. Me respondió que quería cogerse unos días finales de octubre y le propuse que, cuando mi familia dejara libre la casa de la sierra, podríamos hacer una excursión. Los nombramientos se anunciarían a finales de noviembre.

Observé al montañero. No se había quitado la mochila ni un solo momento desde que nuestros caminos se cruzaron. Saltaba a la vista que llevaba una carga pesada, pero en ningún momento perdió de vista ni sus pertenencias ni mis movimientos. Esperó a que me comiera la segunda pera. Me sentí observada. No me miraba con frecuencia pero, cuando lo hacía, no era de soslayo. Sus ojos me seguían abriendo en canal. Aquel hombre no parecía un montañero, hubiera desentonado con la gente con la que yo solía compartir rutas.

Si no fuera por aquel polar rojo, parecería una parte más del decorado, como los sarrios, las rocas o los pinos negros. O esos lugareños cada vez más escasos que se dejaban aislar por el invierno. (¿Quién quiere pasar tres o cuatro meses sin salir de la misma casa en invierno hoy en día?). Aunque sus manos eran fuertes, no tenía pinta de violador, ni de asesino en serie. Sólo mostraba que había pasado la mayor parte de sus días al aire libre, debajo de un sol inclemente, a merced de los caprichos del tiempo. No conseguía alejar de mi mente el pensamiento de que aquel hombre podría hacerme daño. Pero entonces... ¿qué era ese aparato? ¿Tenía imágenes mías o de Marco?

—Van a arreglar la mina —dijo señalando el trípode y leyendo en parte mis pensamientos—. Estamos midiendo el terreno.

Acabé la fruta. Al guardar la servilleta en la mochila, noté que me temblaba el pulso. Cuando nos levantamos, dio un par de toques con la vara en las raíces que estaban junto a la senda para que no me tropezara. Comencé a marchar intentando dar caza a sus pies y en pocos minutos salimos fuera del bosque.

Ya solo nos quedaba un último paso entre dos montes para llegar al campo que estaba frente al *parking*. La ruta casi había terminado. Cuando el hombre se marchara, podría meterme en mi coche, dejar la mochila, meter todas las botas y los calcetines de Marco en una bolsa y tirarlos al primer contenedor que me encontrara. Deseaba hacerlo cuanto antes. Me sentía plomiza, como si llevara un peso enorme en la espalda. El montañero permanecía callado. Salimos del collado y dejamos de andar en filia india. La hierba estaba congelada en algunos tramos. Las vacas habían desaparecido del prado. Localicé algunas en la ladera de la montaña de enfrente. Entre la hierba aparecía de cuando en cuando un charco y en algunos de ellos una fina capa de hielo, rota por varias partes, anunciaba que dentro de poco llegaría el invierno. *La próxima vez que salga a la montaña tengo que llevar los crampones*, pensé.

Aunque podíamos caminar a la vez, el hombre dejó que me fuera delante en la senda que atravesaba el campo y apoyó su mano de nudillos nervudos en mi hombro. Detrás de la montaña, el campo se abriría. Su mano pesaba. Junto a mi coche había un vehículo de la guardia civil. Sentados en el capó del coche, fumaban dos agentes que, al vernos, se pusieron en pie.

—Qué hay, ingeniero.

—La señorita dice que ha subido sola a la montaña.

El hombre dejó su carga en el suelo, abrió su mochila y sacó de dentro la bolsa que Marco llevaba cuando le empujó por el desfiladero. Del bolsillo sacó una navaja que entregó también a los policías. Un agente torció la boca con expresión de fastidio. Otro alzó la mirada al monte mirando las vacas.

—Tenemos que hacerle unas preguntas —dijo el oficial más joven.

El viejo se volvió hacia el campo y emprendió el camino apoyándose en el trípode. Sin girar la cabeza, alzó una mano para despedirse.

—¿Te vas, ingeniero? —preguntó el agente de más edad.

—Dicen los tuyos que les marque el sitio por el que cayó el chico.

—Los del helicóptero ya están de camino —respondió el guardia—. Y, gracias por el aviso, ingeniero.

El topógrafo levantó la mano sin devolverle la mirada. Mientras los agentes me ametrallaban con preguntas, yo no podía dejar de mirar el baile del trípode amarillo sobre la hierba del prado.

Azul

Ignacio Fernández

Azul

Ignacio Fernández

Llovía.

No podía ser de otra manera siendo, como era, un día gris.

Era uno de esos días de noviembre en los que una parte de ti quiere quedarse en casa, resguardado de la lluvia, mientras deja que cualquier cosa de la televisión llene el silencio, no porque lo que veas sea interesante, sino simplemente porque no tienes ganas de pensar.

Ana subió al tren como hacía tantas veces, pero aquel día era diferente. Muy diferente. Seguramente habría sido un día para hacer mil cosas, incluso para pasear bajo la lluvia, como tanto le gustaba hacer. Para ella era una pasión ir a caminar bajo los árboles del parque mientras las gotas golpeaban las hojas marrones y amarillas del otoño. Eso sí era un buen plan.

No podía decir que le disgustase ir en tren. Era quizás una de las cosas que más le gustaba. Sentarse y observar a su alrededor, hacer conjeturas sobre los diferentes pasajeros, espiar sin que nadie se diera cuenta, pensar a dónde irían o que vida habría detrás de aquellos abrigos, de aquellas personas encorvadas que no dejaban de mirar las pantallas de sus teléfonos, sin observar a aquella mujer que los estudiaba pasando absolutamente desapercibida. A veces era ella la que viajaba encorvada, pero no sobre un *smartphone*, sino sobre un buen libro, novela de aventuras, por supuesto, que la transportaba a otro lugar, otra experiencia, otro momento, otras gentes... En ocasiones intentaba

encontrar un asiento libre junto a la ventana y allí, acurrucada, dejaba su mente en blanco mientras sus ojos observaban el paisaje, el mismo de siempre, tantas veces visto, pasar deprisa.

Aquel día era de los últimos. No le apetecía mirar a nadie ni evadirse en una novela. Necesitaba un momento para ella. Necesitaba lucidez. Necesitaba soledad.

El tren avanzaba bajo la lluvia y el paisaje mostraba los colores propios de esos días de otoño. Era un contraste de colores. Al fondo las montañas lucían los tonos ocres de aquella estación, esos tonos que son prelude de días de frío y nieve, mientras que los cielos mostraban el gris de la lluvia, el gris de la tristeza, el gris de las despedidas.

Ana no podía evadirse aquel día. Es lo que tiene el cerebro humano, que necesita encontrarse a sí mismo en momentos como ese.

—¿Su billete?

Parpadeó y llevando instintivamente la mano al bolso rebuscó en su interior antes de dar con el tique. El revisor esperaba paciente con la parsimonia de quien hace un trabajo automático y demasiado cotidiano. Ana le extendió el billete y le miró.

No podía ser. Ese día no.

El revisor pasó el billete por la máquina, miró y se lo devolvió dándole las gracias fijando su atención en otros pasajeros.

Ana le observó... hacía tantas veces esa ruta que aquella cara no le había pasado nunca desapercibida con su cabello blanco, la barba canosa y las gafas redondas, del estilo de Harry Potter. Siempre le había encontrado un parecido asombroso a...

Quiso borrar la imagen de su cerebro, pero sabía que era tarde.

Las gotas de lluvia golpeaban las ventanas del tren mientras impregnaban el cristal dejando líneas diagonales. Y volvió a pensar en el color azul.

Siempre que veía agua, o pasaba un río, o veía llover, pensaba instintivamente en el color azul. Era quizás deformación profesional, pero no podía evitarlo. Y el color azul, quisiera o no quisiera, tenía un nombre en su vida: don Francisco.

Lo había conocido hacía muchos años, pero no lo había olvidado nunca. Con su pelo blanco, su barba canosa y sus gafas redondas a lo Harry Potter... era la viva imagen del revisor (o a la inversa). Aunque cuando lo conoció era más joven y acababa de llegar al colegio donde ella estudiaba bachiller.

Las gotas golpearon en la ventana del tren para hacerle recordar que sí, que aquél primer día de clase de septiembre, también llovió, cosa extraña, pues los primeros días de septiembre eran en su ciudad una prolongación de los calores de agosto.

El director entró en el aula con un hombre joven, altivo y seguro de sí mismo. Iba a comerse el mundo y no dudaba en demostrarlo.

—Señoras y señores, les presento a don Francisco Gutiérrez Mistral, su nuevo profesor de geografía e historia. Es un hombre joven, aunque con gran experiencia en la docencia. Confío en que ustedes le tratarán como es debido.

Allí nadie dijo nada. Cuando el director estaba presente los alumnos estaban más acostumbrados a callar que a expresarse. No porque fuera autoritario, ni mucho menos, sino porque sus dos metros de estatura y sus ciento cincuenta kilos imponían bastante.

Miró a los alumnos de la clase, dio una palmada en la espalda de don Francisco y se dio la vuelta cerrando la puerta de la clase tras de sí.

El aviso de la siguiente parada devolvió a Ana a la realidad del día gris, aunque fue totalmente momentáneo. El amarillo de las hojas de aquel árbol que veía al fondo, o el marrón de la tierra removida de un campo, el verde de la hierba donde pacía una vaca blanca y negra... en el día del cielo gris empezaban a aparecer los colores que la devolvían al aula y al día en que don Francisco apareció en la vida de aquellos estudiantes.

Había expectación por ver qué hacía el nuevo profesor que, sin mediar palabra, ya estaba subiendo los dos escalones de la tarima.

En las mentes de todos estaba don Román, el profesor recién jubilado de geografía e historia, el hombre que les había dado clase el año pasado y que había conseguido, con su tono monótono y su cansancio natural, que las clases alcanzaran cotas inesperadas de aburrimiento. Hacerlo mejor que él no iba a ser difícil.

La voz de don Francisco les sorprendió a todos de repente.

—¡Verde! —gritó más que dijo, mientras sacaba de un estuche un lápiz de aquel color y lo depositó sobre la mesa—. Siempre tendrán que traer un lápiz verde. Y uno rojo, uno amarillo, uno marrón, uno morado... también unos bolígrafos como estos, de puntas finas, que sepan ustedes diferenciar rápidamente, porque la diferencia es sutil, pero necesaria. Si no siguen las instrucciones esa diferencia sutil la notaran ustedes en sus notas. ¡Apunten, que los veo dispersos! Lápiz verde, rojo, amarillo...

Repetía la lista que había dicho mientras los alumnos corrían a apuntar. No podían decir que aquel hombre no les hubiera llamado la atención.

—Y ahora lo más importante: dos lápices de color azul. Dos que tendrán que traer a clase, aunque les recomiendo que en casa tengan más.

Una mano se alzó entre la juventud del aula y el profesor le dio la palabra.

—¿Por qué dos? ¿No valdría sólo con uno?

La boca de don Francisco esbozó una sonrisilla mientras miraba al suelo y murmuraba...

—Siempre la misma pregunta.

No respondió nada más que con un gesto de la mano alzando dos dedos. Estaba claro que había que apuntar dos lápices de color azul en la lista. «Sus razones tendrá» se dijo Ana mientras, obediente, lo apuntaba.

Don Francisco se giró y se dirigió hacia una esquina de la pizarra. No era un hombre alto, tampoco bajo. No estaba gordo ni era atlético. Era más bien una persona bastante corriente, aunque sus silencios, sus ademanes al caminar y sobre todo su forma de mirarlos había hecho que toda la clase no dejase de mirarle. Tenía un magnetismo desconcertante. No daba miedo, pero sí confianza.

Agarró un cilindro situado en una especie de paragüero, lo abrió, lo desplegó frente a todos y lo colgó de una alcañata que estaba clavada en la pizarra.

Un mapamundi físico.

Era enorme. Quizás el más grande que hubieran visto nunca. Y extraño, muy extraño, como estirado, alargado hacia el sur. Sin duda estaba mal.

—Usted, el que ha preguntado por qué dos... ¿qué color ve aquí? —dijo mientras señalaba al punto central del océano Pacífico.

—Azul.

—Pues ya tiene su respuesta.

Todos entendieron que aquel año iban a estar horas y horas pintando mapas. Nadie dijo nada, nadie chistó lo más mínimo. Era principio de curso y el profesor era nuevo. Estaba claro que las dos fuerzas se estaban midiendo, profesor y alumnado, preparando la batalla de los meses que venían por delante.

Y no fue así.

—Tienen ustedes delante un mapamundi. ¿Alguien ve algo distinto? —silencio absoluto—. Usted señorita, ¿cómo se llama?

—Ana.

—Señorita Ana, ¿qué me puede decir de este mapa?

—Que es raro. Extraño. Parece que esté estirado o mal impreso.

—Exacto. «Parece» estirado, pero es correcto. Lo que están ustedes observando es un mapa en proyección Gall-Peters. Ustedes están acostumbrados a un mapa de proyección de Mercator, pero esta es una proyección mucho más real de cómo es nuestro mundo. Recuerden siempre que un mapa es una reconstrucción en papel plano de una realidad tridimensional y esférica. Una de las primeras cosas que tienen ustedes que aprender aquí es que no somos el centro del mundo y Europa es más pequeña de lo que parece en muchos mapas. Aunque Europa es importante para aprender otras cosas. No lo olviden.

Y ella no lo olvidó.

Ana miraba por la ventana del tren. Observaba las montañas con su verde apagado recortando el horizonte. Verde bajo la lluvia. Verde triste. No sabía que buscaba entre tantos recuerdos, pero el paisaje parecía traerle la paz que empezaba a notar que necesitaba.

El ruido de la marcha del tren se repetía como un mantra constante y sólo era cortado brevemente por los golpes de lluvia, cada vez más fina, contra los vidrios del tren.

Un rayo de sol, jugueteón, encontró su escape entre las nubes e iluminó las montañas. El verde cambió su tonalidad. Ya no era un verde triste, sino un verde luminoso, lleno de vida, de ilusión. Podría decirse que era un verde de fotografía, como el de las postales que se pueden observar en las paradas de *souvenirs* de cualquier ciudad de Suiza. Un verde lleno de belleza, de esperanza.

Una sonrisa cruzó la cara de Ana mientras su mente volvía a transportarla al pasado, a clase de don Francisco, a sus lápices de colores distribuidos por la mesa mientras un folio blanco esperaba ser utilizado.

—Europa, mis queridos alumnos, es nuestro continente. Vivimos en él y se supone que lo conocemos, pero, en realidad, simplemente conocemos sus países, sus idiomas o sus ciudades. ¿Alguno de ustedes ha estado en París, Roma o Atenas? —algunas manos se alzaban hacia el cielo mientras don Francisco hacía ademán de contarlas—. Muy bien. Todos ustedes podrían pensar en cada una de esas ciudades y recordarán algún monumento o algún aroma

de ese viaje. Otros igual están soñando en poder ir a visitarlas. No piensen ahora en eso. Europa es mucho más —hizo una pausa dramática mientras desplegaba el mapa de Europa física a la vista de todos—. Europa son montañas de miles de metros en los Alpes, son costas recortadas como la península del Peloponeso, son ríos de miles de kilómetros como el Danubio y son llanuras enormes como la Gran Llanura Europea. ¡Esto es Europa! Un paraíso de la altimetría.

Una mano se levantó.

No sorprendió a nadie que Carlos tuviera alguna cosa que decir. Era, sobradamente, el mejor alumno de la clase en cuanto a conocimientos. Le encantaba leer y disfrutaba mostrando todo lo que sabía. Podía parecer pedante o creído, pero su carácter afable, bonachón y sus ganas de ayudar siempre a todos sus compañeros hacían que se le perdonaran aquellos pequeños «pecadillos» de soberbia y orgullo.

—Diga, señor Márquez.

—Disculpe don Francisco. Pero si tenemos en cuenta que la altimetría nos marca las alturas del terreno, no entiendo por qué dice que Europa es un paraíso de la altimetría si Asia tiene puntos más elevados y depresiones más profundas que Europa.

—Tiene toda la razón del mundo señor Márquez. Si quisiera un estudio de ustedes sobre altimetría, seguramente hablaríamos de Asia, que no es «un» paraíso de la altimetría, sino «el» paraíso de la altimetría. Pero ¿debemos estudiar lo que hay en la otra punta del mundo antes de lo que tenemos cerca? El curso es muy largo y veremos Asia, no sufra. Mi objetivo es que ustedes tengan nociones básicas de cartografía, un poco «de andar por casa», si me lo permite, y para ello utilizaremos el mapa de Europa porque tiene diversas cordilleras, llanuras, golfos, mares... y podremos observar las sutiles diferencias altimétricas. Por eso hoy ustedes van a reproducir el mapa de Europa en un folio blanco y van a ponerse a pintar. Aunque primero, usted, Ana, ¿qué color gastará en esta ocasión?

—¿Verde? —respondió Ana.

—¡Exacto! ¡Verde! El color verde sirve en los mapas, no para las montañitas o los bosques, como pintaban ustedes cuando eran pequeños los dibujos de las vacaciones, sino que acostumbra a mostrar los puntos más bajos de la altimetría terrestre. A partir de aquí —continuó señalando la escala altimétrica del mapa— el color verde va mudando su intensidad hacia una verde más oscuro, un marrón y finalmente, como ven aquí, un morado en las zonas más elevadas de los Alpes. El mapa de Europa es verde porque hay una gran llanura, la Gran Llanura Europea o Llanura Central. Si vieran ustedes mapas topográficos de estas zonas, que parecen estepas planas, ya verían que tienen relieves, pero las colinas y los montículos no tienen cabida en un mapa de esta escala. ¿Lo entienden? Pues... ¡a trabajar!

Ana volvió al presente y observó sus manos como había hecho aquel día al llegar a casa. Pensó en sus dedos tintados de verde y sonrió al recordar, como si fuera ahora mismo, a su madre enviarla directa al baño a limpiarse. El mapa, fruto de tanto trabajo, había quedado en la mesa de don Francisco.

El tren se detuvo en una parada.

Los pasajeros que bajaban del tren abrían sus paraguas mientras que los que querían subir intentaban cerrarlos. Eran movimientos cotidianos que, en aquel momento, se convertían en algo caótico. Los viajeros iban o venían totalmente ajenos al rayo de luz que, en el horizonte, cada vez conquistaba más territorio entre las nubes del cielo.

Entre el gentío pasaron rápidos dos jóvenes mochileros. Parecían ansiosos, nerviosos. Estaba claro que aquella lluvia les había cogido de improviso y no tenían con qué resguardarse. Apartaban como podían a los viajeros e intentaban llegar a la estación para protegerse en su interior o, en su defecto, bajo el pequeño tejado que hacía las veces de porche. Sus ansias y sus nervios no ocultaban unas caras de felicidad, de alegría. «Cuando uno es joven siempre está alegre, sin preocupaciones» pensó Ana mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. «Seguro que cuando lleguen a casa tienen buenas aventuras que contar».

—Buenos días.

Una pareja de ancianos se sentó justo delante de Ana. Frente a frente.

—Buenos días —contestó ella educadamente.

Era una pareja simpática, de esas parejas de personas mayores que no sabes por qué, pero te llenan de alegría y esperanza. Se notaba en sus caras el paso de los años, y en sus gestos esa forma de amar que tienen los que llevan juntos toda la vida. Los dos tenían la cara surcada de arrugas, gafas y el pelo canoso. Guardaron los paraguas bajo el asiento y se frotaron las manos.

—Hace fresco fuera —dijo la señora.

Ana no supo hacer otra cosa que asentir. Se recolocó en su asiento dejando algo más de espacio para que sus nuevos acompañantes estuvieran cómodos y se quedó observando de nuevo a los mochileros que, situados frente a un plano de la línea de ferrocarril, parecían estar discutiendo. No era una discusión fuerte, no disentían enormemente, era como si no tuvieran claro qué tren tomar o cual sería su siguiente destino.

Había algo familiar en ellos. Algo que no sabía explicar. Sus mochilas, marrones, estaban adornadas de numerosos emblemas de otros países y ciudades: Francia, Brasil, Argentina, Estados Unidos, Italia... Viendo su juventud solo cabían dos interpretaciones: o realmente se habían cruzado medio mundo siendo muy jóvenes, o aquellos emblemas estaban puestos para decorar las mochilas. Ana sólo tenía ojos para uno de los emblemas. La loba de Roma.

La mochilera señaló entonces una ruta en el plano del ferrocarril. El tren arrancó y la breve sacudida transportó de nuevo a Ana a sus recuerdos, pero ahora era ella la que se encontraba sentada en su clase, en silencio, frente a un plano de la ciudad de Roma.

En el último año de colegio, don Francisco se encargó de preparar un viaje para los alumnos. Los recuerdos de aquellos días se agolparon de repente en Ana y todos querían salir para volver, para ser actuales, para dejar por un momento el cajón de los recuerdos y reunirse en el presente.

Recordó entonces el examen. Habían estado trabajando tramas urbanas y la incoherencia de ciudades históricas como Roma. Era una especie de trampa la que don Francisco había ideado para su examen final de geografía. Tenían

que ser capaces de diferenciar algunos de los monumentos, situarlos en la época correcta y en la ampliación urbanística correspondiente. Finalmente debían cotejar el plano urbanístico con el mapa topográfico y diseñar la visita a diversos monumentos en el menor tiempo posible teniendo en cuenta épocas históricas y también las subidas y bajadas de las colinas romanas.

—... de esta forma, estimados alumnos, comprenderán la importancia de conocer el lugar que se va a visitar y, una vez de verdad sobre el terreno, me lo agradecerán.

Y así fue.

Dos semanas más tarde eran ellos los que estaban sentados junto a un plano de Roma, pero no en el estresante y académico mundo del aula, sino en la *Piazza Navona* y con un helado en la mano. Ana pudo casi saborearlo de nuevo, como si fuera aquel mismo día y aquel mismo helado. Rodeada de sus amigas, de sus confidentes, les había hecho una confesión que las había dejado tan heladas como su sorbete de *limoncello*. Alguna había conseguido hacer alguna broma al respecto, pero el resto estaban todavía que no se creían que Ana hubiera dicho aquello en serio.

—No puede ser verdad—. María era su mejor amiga, se lo había dicho todo siempre y aquello también lo sabía, pero su disimulo ayudaba a que la confesión de Ana al grupo fuera aún más impactante.

—Os digo que sí. Lo decidí hace un par de semanas, justo al salir del examen de geografía —respondió Ana—. Aunque hace tiempo que no puedo dejar de pensarlo. La verdad es que desde que hace varios meses le he estado dando vueltas. ¿Creéis que debo decírselo a él?

—No creo ni que te atrevas a pedirle la hora —respondió Judit sin dudarle.

Ana se levantó haciéndose la ofendida y se subió encima del banco de piedra donde estaban sentadas sus amigas. Sus ojos se pasearon por toda la *piazza* buscando una mochila marrón con un emblema de Roma cosido a un bolsillo exterior. No pasó ni un minuto hasta que vio a don Francisco hablando con don Manuel, el profesor de filosofía y con doña Clara, la profesora de len-

gua y literatura castellana. Estaban junto a la fuente central, observando uno de los típicos puestos de souvenirs que pueblan las monumentales plazas de la ciudad eterna.

—Ahora veréis —bajó del banco y fue rápida hacia allí mientras las amigas se levantaban todas como un resorte entre cuchicheos y medias apuestas sobre si se iba a atrever o no.

—¡Está loca! —dijo Judit—. ¡El helado de *limoncello* se le ha subido a la cabeza!

Ana cruzó la plaza sorteando a otros turistas y procurando no estropear las fotos de aquellos que querían inmortalizar su visita. Caminaba más decidida de lo que realmente estaba, sin pensar en las consecuencias de aquello. Lo había pensado mil veces, lo había vivido cien veces en su cerebro, pero ahora estaba allí y sí, era el momento. Estaba en Roma, lejos de casa, acabando sus años de colegio. Era ahora o nunca.

—Don Francisco, ¿podemos hablar un momento?

Las palabras le salieron entrecortadas, como con miedo.

—¡Ana! Por supuesto que sí, ¿qué necesitas? —la cara de ella le dio a entender que quería hablar con él a solas, lejos de los oídos de otros miembros del claustro de profesores—. Disculpad, ahora vuelvo con vosotros. Parece que mi mejor alumna de geografía me reclama.

Caminaron pocos metros hasta situarse frente a frente a la fuente central, aprovechando la sombra del obelisco. El sonido del agua corriendo y el frescor que ofrecía ayudaban a que el ambiente de la ciudad fuera menos caluroso.

—¿Qué necesitas?

—No sé por dónde empezar.

Él la miró a los ojos. Era una mirada paternal, de absoluta confianza.

—Estoy decidida a estudiar geografía —don Francisco dibujó una sonrisa y asintió. Ana se sintió más liberada. Aquello convertía su pensamiento en parte de la realidad. No lo comentaba con una amiga, sino con un adulto, con su profesor, con aquel que, sin darse cuenta, la había estado inspirando—. Hace mucho tiempo que pienso que ese es mi camino y usted me ha ayudado mucho a decidirme.

—Es una gran noticia, Ana. Tienes un don, un talento natural para la asignatura. La trabajas y te encanta. Creo que, de alguna manera, esta decisión la tenías que comunicar aquí, justo aquí, en este punto de Roma. ¿Sabes por qué? —ella negó con la cabeza—. Esta es la *fontana dei Quattro Fiumi*, la fuente de los cuatro ríos. La diseñó Bernini en 1651 y en ella se representan los cuatro ríos más importantes de su época: el Nilo, el Danubio, el Ganges y el Río de la Plata, cada uno de un escultor diferente. Que tú, aquí mismo, hayas dicho que quieres ser geógrafa, no puede ser una casualidad. Es, como cada una de estas esculturas, una alegoría. La geografía nos rodea y nosotros formamos parte de ella. No consiste en saber las capitales de los países o el nombre de las montañas y los ríos, sino comprender como el ser humano se desarrolla y vive en un medio así. Solo así comprendemos, como hizo Bernini, que estos ríos son nuestros ríos, son nuestra vida. Creo que tú te estás dando cuenta de ello.

Ana vaciló por un momento y al final habló.

—En parte la decisión es gracias a usted, a sus clases, a su motivación por enseñar. Me ha permitido verlo todo con otra perspectiva y a darme cuenta y valorar muchas cosas. Aunque, si le soy sincera, tengo miedo a que mis padres me digan que es un estudio que no vale para nada. ¿Usted hablaría con ellos?

Una carcajada sorda salió, casi como sin querer, de la boca sonriente del profesor.

—Hablaré con ellos, no te preocupes. Si hace falta les haré una visita o les presentaré a mis padres. Ellos también pasaron por lo mismo, pero ahora no cambiarían nada, ni yo tampoco. La geografía nos ha hecho muy felices. Cuenta conmigo Ana, no lo dudes.

El freno del tren devolvió a Ana al presente. En pocos segundos reaccionó al ver que estaba en su parada. Se levantó y, pidiendo disculpas como pudo a la pareja de ancianos salió corriendo hasta la puerta del vagón dispuesta a bajar al precio que fuera antes de que se cerrara.

Lo consiguió.

Llovía o, más bien, chispeaba.

Y, aunque seguía siendo un día gris, no podía negar que su ánimo había mejorado.

Comenzó a caminar hacia su destino mirando brevemente el reloj. Iba bien de tiempo y tampoco quería ser la primera en llegar. Decidió que andaría despacio. El suelo de la ciudad era de color gris y con la capa de agua que tenía por encima era resbaladizo y peligroso. Andar despacio era lo mejor en aquellas situaciones. Caminaba concentrada en lo que iba a hacer, miraba los escaparates que aparecían a sus lados, pero su mente no siempre los procesaba. Estaba demasiado absorta en sus pensamientos, en su destino y, de forma irremediable, en todo lo que había estado recordando en el tren.

No sabía explicar cómo, pero de repente estaba allí.

¿Era posible que sus pasos la hubieran llevado a aquella librería sin que se diera cuenta de ello? La librería Natalia no era una librería cualquiera. Era una de las librerías de su juventud y estaba igual, con aquel globo terráqueo en el escaparate.

Recordó la primera vez que estuvo allí. Llevaba dos años de universidad y Toni, su novio, había insistido en ir allí.

—Te va a encantar. Es un sitio alucinante.

«Que bribón» pensaba Ana años después.

Aquel día, junto a Toni, la joven Ana se encontró frente al escaparate de una librería nueva, decorada con mucho gusto, con un globo terráqueo pre-

cioso, un montón de libros de viajes y unos cuadernos en blanco. Colores, infinidad de colores para que los viajeros estamparan dibujos e imágenes de lo que veían más allá de las fronteras de su día a día. Y una pizarra con un anuncio: «presentación del libro *Atlas para una vida* de Francisco Gutiérrez Mistral». Lo vio y miró a Toni. ¡Qué callado había estado! Le había llevado a la presentación del libro de su antiguo profesor.

—Me enteré hace poco —dijo él—. Me has hablado tanto del tal «don Francisco» que tenía ganas de conocerle, así que al pasar por aquí hace un par de días vi la pizarra, pregunté y *voilà*. ¿Entramos?

Don Francisco estaba igual de elocuente que como lo recordaba. Dio una conferencia preciosa sobre la enseñanza práctica de la geografía. Ana miraba a Toni que estaba entusiasmado. Le encantó. Compraron un libro cada uno y don Francisco se lo dedicó.

No perdieron nunca el contacto con el antiguo profesor.

«Qué pena que hoy tengas que trabajar, cariño» pensó Ana en Toni mirando el globo terráqueo del escaparate y pensando que no podía perder más tiempo en sus recuerdos.

Entró en la librería. Tenían lo que pidió y salió directa hacia su destino.

Cruzó uno de los puentes de hierro que conectaban con la parte más antigua de la ciudad y siguió caminando.

No tardó mucho en llegar.

Había mucha gente y no era para menos. Reconoció a la mujer y a los hijos de don Francisco y se puso a la cola. Sandra recibió su abrazo como el de un miembro más de la familia.

—Que bien que hayas podido venir, Ana.

Una lágrima recorrió su rostro.

—No podía faltar, Sandra.

El escueto «gracias» de Sandra quedó rápidamente velado por el siguiente saludo que recibió, mientras Ana se sentaba en uno de los bancos. El ambiente de recogimiento y silencio era muy grande, como le gustaba a don Francisco.

Había mucha gente reunida. Se dijeron hermosos discursos acompañados de música emotiva. Antiguos profesores y compañeros hicieron de aquel momento un cuadro inolvidable. ¡Tanta gente se había visto influida de forma positiva por aquella forma de vivir! Fue una bonita forma de agradecer todos sus años de dedicación a la docencia y a su amor por la geografía.

Ana habló ante todos en nombre de la sociedad geográfica. Contó diversas anécdotas que hicieron conmoverse a más de uno y, antes de volver a su asiento dejó sutilmente el último regalo que tenía para él. No podía ser menos viniendo de ella. Lo había comprado en la librería Natalia y sabía que le habría gustado el detalle. Hasta habría dibujado una sonrisilla irónica.

Allí, junto a la cruz del ataúd de don Francisco, quedaba un recuerdo del día que conoció a su profesor.

Un lápiz de color azul.

Acabada la ceremonia la vida continuaba y Ana salió.

Estaba triste y alegre a la vez y no podía ser de otra manera siendo, como era, un día extraño. Era gris, pero los colores volvían a relucir como lo hacía en los mapas que preparaba para la sociedad geográfica.

Llovía, pero ya no era una lluvia melancólica o triste, sino una de esas lluvias que te ayudan a recordar buenos momentos y te hace sonreír.

Al volver a cruzar el puente se detuvo a observar el río. La lluvia hacía que las aguas corrieran raudas hacia el mar, su destino. Recordó de nuevo la *fontana* de la *Piazza Navona*, el monumento de Bernini que evocaba la importancia del Ganges, del Río de la Plata, del Nilo, del Danubio... en realidad de tantos ríos que habían acompañado con sus aguas la historia de la humanidad, tal y como don Francisco había acompañado la historia de su vida.

Ríos que, en la imaginación de todos, en las pinturas de los niños y en los pigmentos de los mapas tienen un color característico.

El azul.

El cielo visto
desde arriba
Marina Rodríguez

El cielo visto desde arriba

Marina Rodríguez

Se alegraban de verse, desde luego. Por lo general, cada una estaba liada con sus cosas y estos encuentros no ocurrían con frecuencia; de hecho, había pasado bastante desde la última vez, así que reunirse les producía alegría. Y, sin embargo, el ambiente que reinaba era pesado, ceniciento. Los últimos tiempos no estaban yendo muy bien: habían pasado cosas inesperadas, otras que siempre habían dado por sentadas ahora ya no estaban ocurriendo, y todo eso se reflejaba en el ánimo de cada una de ellas. Algunas lo llevaban con el mejor espíritu posible, poniendo a los malos tiempos buena cara y tratando de mostrar optimismo, aunque se les notase la inquietud incluso en las palabras alegres.

Otras, sin embargo, se expresaban sin rodeos:

—Todo va muy mal. Terriblemente mal. Vamos a la catástrofe— decía Perseo.

No es que aquello fuera una sorpresa en él, de todas formas. Su manera habitual de afrontar las cosas era gruñir y aparentar una resignación derrotista que todas sabían que no era capaz de llegar a sentir del todo.

—Hombre, tampoco nos lo tomemos tan a la tremenda. Las cosas van regular, sí, pero no son tan tan catastróficas —contestó la Osa Mayor, siempre práctica, que se preciaba de no perder los nervios en ninguna circunstancia.

—Eso es muy fácil que lo digas tú, claro. O es muy fácil que lo diga este, siempre tan bien plantado —Perseo señalaba a Orión, que adoptó la actitud

de no haber roto nunca un plato—, siempre las dos tan brillantes, las primeras en ser aprendidas, en ser señaladas en el cielo. Pero ¿qué pasa con las demás? ¿Aquellas que no brillamos tanto, y que nos perdemos cada vez un poquito más en muchos cielos? ¿Que perdemos estrellas, o directamente desaparecemos enteras, en tantos sitios? E incluso vosotras mismas, aunque aún se os vea en casi todas partes, ¿no os cansáis de vivir en ese morado tenue, en ese gris blanquecino que son los cielos de las ciudades, en vez de en nuestro negro aterciopelado de siempre?

—Bueno, bueno. Sí. Tienes razón. La realidad es que muchas han desaparecido de muchos cielos, y otras, pues sí, seguimos, pero es verdad, brillar en esos cielos blancuzcos, con tanta luz, tanta contaminación... es como viscoso, desagradable, no se puede llegar igual...

Dejó la frase sin acabar porque no hacía falta seguir, sabían perfectamente de lo que estaba hablando. En el silencio que siguió todas perdieron la mirada en el infinito, rememorando la sensación que suponía brillar en esos cielos urbanos cada vez más brillantes, repletos de farolas, coches, anuncios de neón y en general de emisión de todo tipo que se expandía formando una cáscara de aislamiento entre los humanos que la creaban y la profundidad del firmamento. Viscoso, sí. Lejano, irreal, no por la enorme distancia física, sino por la desconexión con quienes estaban allí abajo. Sin sabor, sin fuerza. Triste.

—Bueno... —hizo un segundo intento la Osa—. Eso son las ciudades. Y es verdad que muchas zonas del campo. Bueno, vale, es cierto que se nota en casi todas partes. ¡Pero no en todas! Sigue habiendo zonas donde brillamos espléndidas, como lo hemos hecho siempre. Por ejemplo... ¡Los desiertos! ¡Las altas montañas! ¡Los polos! ¿No es verdad, Cruz? Yo comparto un cielo maravilloso con las auroras boreales en el Polo Norte cada día, ¿no lo ves tú en el sur?

—¡Claro, claro! —contestó presurosa la Cruz del Sur, orgullosa de lo que en esa reunión sabía que eran sus dominios en exclusiva—. La Antártida es preciosa, con sus pingüinos, sus focas, sus balle...

—¡¡YO NO NACÍ PARA BRILLAR PARA LAS FOCAS!!

El grito de Perseo las sobresaltó a todas, y los perros de Orión¹, que dormitaban fulgurantes al lado de su dueño, se agitaron y gruñeron furiosamente a algún enemigo desconocido.

—Tranquilidad —Orión palmeaba con cariño a Sirio y Procyon y volvía a llevar a los perros al sueño—, no nos pongamos nerviosas. Pero la verdad es que pienso que Perseo tiene razón. Nosotras no existimos por las focas o las ballenas de la Antártida, o los camellos del desierto, o los vientos de las altas montañas. Nuestras estrellas sí, desde luego. Estaban ahí desde hace millones de años y seguirán estando mucho después de que el Sol evolucione y la Tierra encuentre, sea cual sea, su destino². Pero nosotras no somos solo nuestras estrellas, somos algo mucho más abstracto y mucho más etéreo... Somos los sueños de los humanos reflejados en el firmamento. Las figuras, relatos y leyendas que han inventado a lo largo de los siglos, para que llenásemos sus vidas de aventuras y heroicidades, les acompañásemos en la soledad de los campos o los mares, les guiásemos en sus viajes y caminos o les apoyásemos en la tierna e ingenua creencia de que, a pesar de las incertidumbres de la vida, podían prever sus destinos. Si los humanos no nos miran, no nos sueñan, no nos relatan o ni siquiera nos ven en sus cielos... aunque sigamos aquí, ¿qué somos? ¿Qué quedará de nosotras?

Si el silencio anterior había sido viscoso como un cielo urbano, este fue denso y oscuro como un cielo nocturno cubierto de nubes negras. El olvido. El peor de los destinos, que ya habían sufrido muchas compañeras de otras civilizaciones, y del que ellas se habían creído a salvo, pero que ahora aparecía como una sombra ominosa en el horizonte.

—No pensemos en eso, no nos pongamos tan negativas —la Cruz del Sur espantaba la sombra del olvido de aquella reunión como quien espantase volutas de humo—. Quizás algo podamos hacer. Igual hay que reciclarse. No sé, si ya no cuentan tantas historias y se centran más en lo útil, podemos tratar de ser útiles. Por ejemplo, yo lo hago, señalando el sur.

—¡JE, JE! —la Osa no dijo más.

—Qué te pasa a ti ahora —la Cruz se puso guerrera.

—El sur, dices. El sur de qué. Da gracias a que no tienes competencia por aquella zona, pero al sur no le atinaste ni de broma. La Osa Menor sí atinó en condiciones, poniendo ahí en el norte una estrella bien puesta. Pero lo tuyo como función útil es un poco chapucilla.

—¡¡Ya precesarán y nos reiremos todas!!³

—Baaaasta, basta —templó Orión—. Por cierto, ¿y la Osa Menor, por qué no ha venido?

—Está durmiendo. Es muy pequeña para estos planes.

—Tiene milenios, como todas nosotras.

—Es pequeña. Es una osita y lo será siempre.

—Es un cacito... —la Cruz, pícara, lo dijo en un murmullo, pero con clara intención de que fuera oído por todas.

—¡Es una osa! ¡¡Somos osas!! ¡Qué culpa tengo yo de que los humanos ya no tengan imaginación ninguna! ¡Tanto cazo y tanta tontería! —En algunos temas la tan preciada calma de la Osa se volatilizaba muy rápidamente⁴.

—No chinces, Cruz, dejad el pique norte-sur un ratito.

—De todas formas, volviendo al tema —dijo Perseo—, tampoco lo de indicar las direcciones nos sirve ya de tanto. Quizás a un par de nosotras y para situaciones puntuales. Pero para casi todas las ocasiones, estos ya han inventado los GPS y esas cosas. Y si no, que se lo digan a la Vía Láctea. Tantos siglos siendo el camino de las estrellas, guiando peregrinos a Santiago, ¿y ahora qué?, siguen peregrinando, pero a ella ya no le hacen ni caso⁵.

—A ver —dijo la Osa con tono práctico—, es verdad que la Vía Láctea es preciosa, pero a la hora de llegar a los albergues, no meterte en una autopista, encontrar los restaurantes baratos, pues los GPS son prác... —se dio cuenta de que todas las miradas recaían sobre ella, acusadoras, porque a las compañeras había que apoyarlas siempre, así que cambió de opinión— ... pero

vamos, dónde va a parar, con lo bonita que es la Vía Láctea, para qué miran esos cacharros de porquería, es que no tienen ni idea.

Mucho mejor. Todas asintieron con contundencia. Los humanos no tenían ni idea.

—Hay que decir, la verdad, —retomó la Cruz— que los GPS son también ejemplo de otra cosa: los humanos son cada vez más hábiles. Han hecho cantidad de instrumentos nuevos, y gracias a ellos se están enterando de unas cosas impresionantes. De hecho, últimamente el cielo lo miran poco, pero explorarlo lo exploran cada vez mejor. Hace un par de años hasta consiguieron la imagen de un agujero negro.

—¿De verdad? ¿De un agujero negro? Pero qué dices, ¿esos se pueden fotografiar? —la Osa se inclinó hacia la Cruz, toda atención.

—Bueno, algo parecido. Contra todo pronóstico a veces son capaces de ponerse de acuerdo entre gente de muchos países. Lo hicieron, combinaron un montón de antenas y la sacaron. Les quedó un poco como la foto de una fogata desenfocada, pero a ellos les sirvió mucho y estaban muy contentos⁶.

—Es verdad que se lo están currando mucho y que cada vez saben más sobre las cosas que tenemos —añadió Orión—. A mí por ejemplo me estudian mucho las nubes de gas. Aún me acuerdo de la primera imagen que hicieron de la nebulosa, ¡era un dibujo que parecía una oruga cósmica⁷! —No pudo evitar que le entrara la risa al recordar aquello, pero luego continuó, risueño— Ahora hacen cosas muchísimo más detalladas, y hasta estudian las estrellas que están aún por nacer, a pesar de que no las pueden ver porque están todavía arrulladas en sus almohadones de polvo⁸.

—Por cierto, Orión, ¿y tu hombro?

—Se me curó. Menos mal, qué mal rato pasé. Pensé que me explotaba. Pero parece que solo era un poco de polvo o que tenía manchitas, aún no lo tengo claro⁹.

—Bueno, si te llega a explotar desde luego te hubieran prestado bastante atención durante un tiempo.

—Ya, pero no son maneras. Eso dura un tiempo, ¿pero luego, qué? Los remanentes de supernova no son detectables a simple vista. ¿Qué me iba a quedar, como el Cazador En Cabestrillo? No no no no no, espero que me dure bastante tiempo todavía —Orión estaba muy orgulloso de su figura majestuosa, y ya le dolía bastante que su rutilante escudo no se viera en muchos cielos ya demasiado contaminados. No quería ni contemplar la posibilidad de perder su estrella más emblemática.

—De todas formas, los cacharritos estos, los GPS, no se usan para estudiar-nos a nosotras, ¿no? —preguntó la Osa.

—No, pero he pensado en eso porque funcionan usando satélites —contestó la Cruz del Sur—. Desde hace unas décadas, los humanos son habilísimos poniendo satélites en órbita para muchas funciones, y gracias a eso han conseguido parte de sus grandes descubrimientos sobre nuestras cosas. Tienen por ejemplo el telescopio espacial ese, el Hubble, que consigue unas imágenes preciosísimas.

—Y ahora van a lanzar el James Webb —añadió Orión con un puntito de sorna. Hubo una carcajada generalizada. A los humanos a veces les cuesta un poquito conseguir hacer las cosas¹⁰.

—También es cierto que se están viniendo demasiado arriba con el tema de los satélites —a la Osa se le oscureció la expresión según iba hablando—. Primero, porque no saben recoger sus cosas y cuando ya no las usan las dejan por ahí flotando. Pero además, lo de los satélites se ha convertido en algo tan accesible que ahora, con el puro objetivo de ganar dinero, los lanzan a cientos y a miles. ¡Hay una empresa que va a lanzar 12 000! ¡¡Y brillan!! Reflejan la luz del Sol, así que cuando miras al cielo ¡en algunos casos los puedes ver¹¹!. Durante unos segundos el asombro y la incredulidad se expandieron por la reunión, y se hizo el silencio porque nadie parecía encontrar siquiera qué decir.

Cuando empezaron a encontrar las palabras, se pisaban unas a otras:

—¿De verdad? Pero eso no es posible... ¿¿Doce mil?? —Orión parecía no poder abarcar un número que en las magnitudes del cosmos era minúsculo, pero en términos humanos parecía gigantesco.

—¿Cómo que brillan? Pero entonces, cuando los humanos nos miren, ¿qué va a pasar? Toda esa gente que tiene sus pequeños telescopios y nos hace fotografías, ¿va a ver esos puntos en vez de a nosotras? —la Cruz lo decía como si le costase considerar siquiera semejante posibilidad.

—Me estás diciendo que los humanos —Perseo comenzó a hablar el último, y su voz era fría, sus palabras lentas y su tono bajo, pero traslucía tanta ira que la atención de todas las demás se centró en él— no solo están llenando su propio aire con tanta luz y tanta porquería que ya no son apenas capaces de ver el cielo... ¿sino que además están mandando miles de puntos brillantes al espacio? Que hay humanos que no solo no nos miran, no solo viven de espaldas a toda la belleza que alguna vez hemos representado, ¿sino que además están transformando con sus manazas el cielo que pueda ver cualquier otro ser humano desde cualquier otro punto de la Tierra?

– Eh... sí. Y este no es el único proyecto de este tipo en marcha...

Según la idea fue calando, la incredulidad se fue transformando en abatimiento. La luz de las ciudades, o las grandes capas de contaminación, parecían ofrecer a pesar de todo una opción de retorno, de apagar o eliminar todo aquello de manera que se pudiera recuperar la visión de la Vía Láctea, el Dragón, las Pléyades o tantos otros elementos. Pero ante aquella invasión, ¿qué se podía hacer? ¿Dónde quedaría la majestuosidad del cielo, si estaba atravesada por rayitas de satélites de comunicación?

—Ya os lo he dicho otras veces, esto no tiene remedio. No se puede contar con ellos ya —Perseo negaba y gesticulaba, transformando en ira y rechazo la inquietud que sentía dentro—. En su momento fueron capaces de cosas maravillosas, pero ahora se han perdido, solo miran al suelo y a sus carteras, se les ha secado el cerebro. Hay que asumirlo, lo bueno se acabó. No son capaces de nada, no se puede esperar nada de ellos. Yo ya lo he asumido, os lo he dicho muchas veces, y vosotras también deberíais hacerlo.

—Bueno, eso tampoco es verdad, Perseo. Lo que estás diciendo no te lo crees ni tú —la Osa le miraba escéptica.

—Que no de qué.

—Que no, te digo. Te conocemos, no nos engañas con toda esa dureza tuya. Si te creyeras realmente lo que has dicho, no les prepararías con tanto mimo una y otra vez la mejor lluvia de estrellas que pueden disfrutar cada año, y no disfrutarías tanto con cada «ooooohhh» que despierta cada una de tus lagrimitas de San Lorenzo¹².

Perseo estaba arrancando ya su respuesta, pero tuvo que pararse en el último momento. A pesar de todo su enfado, se le escapó un amago de sonrisa al evocar aquello. Es verdad, era innegable, sus Perseidas le encantaban más que nada en el universo, y disfrutaba cuando todos esos humanos, con sus amigos, sus niños, sus pícnicos y sus perros, se iban a los campos y las playas y contaban a gritos los meteoros. Pero le duró un momento, porque de inmediato recordó que ahora eran ellos los que estaban fabricando lluvias de luces en el cielo.

—¡Me da igual todo eso! Si siguen haciendo estas cosas, ¡en la próxima lluvia les lanzo un meteorito que ni los dinosaurios!

Al menos tuvo el efecto de sacarlas a todas de inmediato del estado de estupor en el que aún estaban sumergidas para lanzarse unánimemente a calmar a Perseo:

—¡Pero, cómo dices eso!

—Calma, Perseo, incluso si fuésemos capaces de generar algo así, no hay que llegar a esos extremos.

—Claro, tranquilidad. Además, no es justo juzgarlos tan duramente a todos. Aparte de no perder la capacidad de disfrutar las lluvias de estrellas, hay otras cosas respecto al cielo que los humanos hacen bien. Al menos, algunos —Orión buscaba la forma de que aquellos 12 000 satélites no los hundieran en la desesperanza.

—Es verdad. Hay gente, por ejemplo, que está consiguiendo que haya zonas de cielo protegido, con menos contaminación lumínica —dijo la Cruz—. Y estaban aquellos otros que inventaron esas farolas que apuntan solo hacia el suelo, para que no despidan tanta luz hacia arriba. O quienes intentan cambiar

el tipo de luces que se usan para que nos perjudiquen menos. ¡Hay ciudades enteras tomando medidas para regular la iluminación y que no nos impacten tanto¹³!

—De hecho, incluso respecto a todo esto de los satélites, también hay gente haciendo cosas para evitarlo o minimizarlo —añadió la Osa—. Están haciendo estudios y presionando para que se regule esa actividad, y que las empresas hagan que los satélites sean menos reflectantes y esas cosas¹⁴. Sí hay gente a la que esto le importa.

—¿De verdad?

—Sí, claro que sí. Pero ya sabemos cómo son: unos cuantos solo piensan en cosas como el dinero, otros tienen una visión más amplia pero no encuentran la manera de convencer, a otros nadie les cuenta nada... En conjunto les cuesta avanzar. Pero en otras ocasiones lo han conseguido. Quizás en esta también. Lo que importa es que al menos a una parte de ellos les sigamos importando.

—Bueno, si les hacemos justicia... —Perseo hizo una pausa mientras reflexionaba— es cierto que a algunos sí les seguimos importando. Vienen muchos, muchísimos a ver mis Perseidas, y les encantan.

—Y no solo esas noches. Otros y otras nos buscan incluso en los cielos difíciles de sus ciudades, o cuando tienen la suerte de ir al campo o la montaña.

—O cuando navegan en el mar, ese lugar que siempre ha sido, es y será tan nuestro.

—Un montón de ellos nos miran con sus telescopios y sus cámaras, y con una constancia admirable observan todo lo que hacemos.

—Hay niños y niñas que escriben cuentos sobre nosotras, o nos dibujan, y al hacerlo viajan en cohetes o hablan con las estrellas¹⁵.

—¡Hay quienes nos usan para ligar! Aunque se lo tengan que inventar y digan cosas como «mira cariño, ¿ves esa estrella de ahí? Esa estrella... es Casio-

pea¹⁶» —se desternillaban recordándolo. Porque no estaba allí Casiopea, claro, que había tenido que aguantar bromas sobre ello durante bastante tiempo.

—¡Lo mejor es que le salió bien! Ahora viven juntos y se acuerdan siempre de que aquello fue el principio de su historia.

—También hay quienes, aunque no puedan ver el cielo a menudo, van a planetarios, museos o conferencias y aprenden todo lo que pueden sobre nosotras.

—Y otros y otras que dedican su vida profesional a investigarnos, y piensan que somos de lo más bonito que podrían conocer en su vida.

Todo eso era verdad, lo veían cada día y cada noche. Ellas y todo lo que las acompañaba en el firmamento seguían teniendo una gran capacidad de fascinación sobre muchas personas que, de una forma o de otra, se les aproximaba en muchos momentos de sus vidas, y al hacerlo, eso les daba sentido, alimentaba su pura existencia. Todos aquellos recuerdos las reconfortaban. Aún así, la realidad era tozuda, y ninguna podía ignorar el hecho de que las cosas habían cambiado mucho en las últimas décadas.

—Pero sus ritmos de vida les empujan en otras direcciones —la Cruz puso metafóricamente los pies en el suelo—. Viven rápidos, frenéticos, con cada vez menos tiempo para reflexionar sobre nada, ni para fijarse en lo que les rodea. Algunos porque lo deciden así, y otros muchos porque lo beben de la sociedad en la que viven, y ni siquiera recuerdan que se puede vivir de otra manera. Sus vidas están siempre ocupadas, sus maquinitas lo llenan todo. El esplendor de nuestras historias pertenece a épocas pasadas, y ahora parece que ya no tienen tiempo para contarlas o reinventarlas, o que ya no las necesitaran. ¿Qué pasa si eso sigue así? ¿Y si se extiende también a los que aún nos quedan? Entonces... volvemos a la misma pregunta: ¿qué pasará con nosotras?

La sombra que habían espantado durante un rato volvió a reinar en el ambiente.

Fue como si de repente hiciera mucho, mucho frío. En los segundos que siguieron se podría haber escuchado susurrar al viento.

—¿Creéis que es posible? —Perseo le puso palabras con una voz en la que ya no había dureza, solo pena, y miedo— ¿Que algún día ocurra eso? ¿Que nos olviden y dejemos de existir?

—Bueno, no sé... —Orión se encogió de hombros, lo cual de por sí era mover una enorme cantidad de energía— realmente nosotras seguiremos estando aquí, siempre. Acompañando. La pregunta más bien es, ¿dejarán ellos de pensarnos? ¿Serán capaces realmente de volver sus vidas tan pragmáticas, tan rápidas y feroces, que dejemos de tener un lugar en ellas? Se detuvieron a calibrar la pregunta, basándose en la sabiduría que a todas les habían dado los milenios que llevaban junto a los seres humanos.

—No —dijo la Osa, con una certeza contundente que nacía tanto de la racionalidad de su experiencia como del más profundo de sus deseos—. Imaginar y narrar forma parte de su naturaleza. Llevan toda su existencia inventando y contando historias, y todo lo que han hecho, lo que han avanzado, ha venido siempre de su capacidad de imaginar más, de ir más allá de su propio entorno y su realidad cotidiana. Se llenan, evolucionan, son felices con eso. Desde el principio han contado historias por las noches o en torno al fuego, tuvieron a los trovadores y los juglares, después surgieron los escritores de novelas o de obras de teatro, ahora también tienen el cine, pero lo siguen haciendo. Y nosotras, siempre que tengan siquiera un resquicio por donde encontrarnos, somos demasiado, les damos demasiado, como para que puedan reducirnos a la nada. Siempre habrá alguno, alguna, que levante la mirada al cielo y consiga encontrarnos, y que al hacerlo sea capaz de ver mucho más que puntos brillantes, y nos llene de magia y de contenido. Igual son las mismas historias o puede que sean otras, pero las habrá. E igual nosotras no somos quienes somos ahora, pero estaremos aquí —respiró profundamente y los miró, como si ella misma acabase de descubrir la fuerza de su propia conclusión—. Sí, estoy segura. Nos van a soñar siempre.

La idea caló en todas ellas como si fuera un baño de calor. Incluso Perseo notó cómo su carcasa de resignación indignada se resquebrajaba un poquito, y le entraba un rayito de esperanza. Aun así, porque las formas hay que mantenerlas, volvió a fruncir el ceño y gruñó:

—Y si no, les tiro un meteorito de los gordos.

Reinó el silencio unos segundos. Orión, la Osa y la Cruz cruzaron miradas rápidas. Orión contemporizó:

—Bueno. Vamos a dejar eso como plan B.

NOTAS

(1) El Can Mayor y el Can Menor son dos constelaciones que parecen seguir a Orión en su recorrido por el cielo. Una de las interpretaciones mitológicas más extendidas los identifica como los perros de Orión, colocados en el cielo al mismo tiempo que el Gran Cazador, ya que habían compartido con él todas sus aventuras. Sirio y Procyon son, respectivamente, las estrellas más brillantes de cada una de estas constelaciones. Sirio es además la estrella más brillante del cielo nocturno, y Procyon es la octava.

(2) El Sol se encuentra actualmente en la fase llamada Secuencia Principal, en la que produce energía mediante la combustión nuclear de hidrógeno en su núcleo. Cuando se le termine el hidrógeno en el núcleo pasará a la fase de Gigante Roja. En esta evolución sus capas más externas se expandirán, tragándose a Mercurio, Venus y quizás también a la Tierra. Tanto si se la traga como si no, el futuro de la Tierra estará bastante comprometido. Pero quedan unos 5000 millones de años, no tenemos que preocuparnos aún.

(3) La Cruz del Sur se utiliza como indicadora del sur porque está cerca, pero realmente ninguna de sus estrellas coincide con el Polo Sur Celeste. En cambio, la Estrella Polar, de la Osa Menor, sí coincide prácticamente con el Polo Norte Celeste (ver [anexo](#)). Sin embargo, eso variará con el tiempo: el eje de rotación de la Tierra sufre los fenómenos de precesión y nutación (es decir, se mueve como el eje de una peonza al bailar). Con el devenir de los siglos el eje de rotación de la Tierra apuntará a otros puntos del cielo, y de hecho será alguna estrella de la constelación de Cefeo la que mejor indique el norte.

(4) Las siete estrellas más brillantes de la Osa Mayor (que además son las que se suelen poder ver en cielos no muy claros) forman un dibujo al que se suele denominar como el Carro o el Cazo, por su forma. Las estrellas más brillantes de la Osa Menor forman un dibujo parecido. Pero claro, Cazo es un nombre bastante menos impactante que el de Osa Mayor.

(5) Desde la Edad Media, a la Vía Láctea se la conocía también en Europa como el Camino de las Estrellas, ya que la orientación con la que era visible en el cielo en cierta época del año permitía que fuese guía de los peregrinos en su camino hacia Santiago de Compostela. La imaginación colectiva sostenía que había una unión entre el camino marcado en el cielo y el que se creaba en la tierra con los pasos de los peregrinos, sosteniendo incluso que la Vía Láctea había sido marcada por el propio apóstol para guiarlos a su sepulcro.

(6) En 2019 se obtuvo por primera vez la imagen de un agujero negro, en concreto la del agujero negro supermasivo central de la galaxia M87 (ver [anexo](#)). Fue obtenida por la colaboración internacional Event Horizon Telescope (EHT), que utilizó una red de telescopios situados en lugares muy diversos de la Tierra (entre ellos el telescopio IRAM 30 m, en Granada). Al trabajar de forma coordinada consiguieron observar con mayor resolución y sensibilidad que la que podían conseguir cada uno de ellos por separado, lo que hizo posible el que es uno de los grandes logros de la astronomía reciente.

(7) En la zona central de Orión está el complejo molecular de la nube de Orión, un conjunto de nubes de gas brillantes y oscuras donde hay estrellas en formación y estrellas jóvenes que se han formado recientemente. En particular la nebulosa de Orión es una nube brillante que emite luz por el efecto de estrellas cercanas jóvenes muy masivas. El primer dibujo de la nube del que hay constancia lo hizo Giovanni Battista Hodierna en torno a 1654, y se adjunta en el [anexo](#) de este relato. Sus tres puntos centrales son probablemente estrellas del Cúmulo del Trapecio.

(8) Las estrellas se forman en nubes moleculares, es decir, nubes oscuras como las que hay en el complejo de Orión. Mientras se forman, antes de que empiecen a quemar hidrógeno y brillar, están envueltas en nubes de polvo, por lo que no podemos observarlas directamente. Uno de los retos actuales de la astrofísica es, a pesar de esta limitación, conseguir información suficiente para comprender en detalle cómo se forman las estrellas y sus planetas.

(9) El hombro derecho de Orión (y su estrella alfa) es Betelgeuse, una supergigante roja que está en las últimas fases de su vida. Cuando muera explotará como supernova, y durante unos meses será un punto muy brillante, visible incluso de día. A finales de 2019 la luminosidad de Betelgeuse disminuyó, y se

consideró que esto podría ser la antesala de la explosión. Pero la luminosidad recuperó valores normales a partir de abril de 2020.

(10) El Telescopio Espacial Hubble está en órbita desde 1990. Sus datos han permitido enormes avances en la astrofísica, y sus imágenes de todo tipo de objetos celestes son de una enorme belleza. El Telescopio Espacial James Webb pretende ser el sucesor del Hubble, con aún mayor resolución y sensibilidad. Su lanzamiento, inicialmente previsto para 2007, ha sufrido constantes retrasos, motivo de bromas entre la comunidad astrofísica y entre nuestras protagonistas. Actualmente está programado para octubre de 2021.

(11) Esos 12 000 son los satélites Starlink, de la empresa SpaceX, fundada por Elon Musk. Actualmente se han lanzado ya unos 1400, y se planifica alcanzar los 12 000 a mediados de la década. La empresa ya ha solicitado autorización para 30 000 satélites más. Hay varios proyectos más de otras empresas relacionados con la construcción de constelaciones de satélites.

(12) Las Perseidas son una intensa lluvia de estrellas que se observa cada año en agosto. Se llaman Perseidas porque parecen provenir de la constelación de Perseo, pero realmente se originan por objetos residuales presentes en la órbita del cometa Swift-Tuttle. Se las conoce popularmente como Lágrimas de San Lorenzo porque su máximo ocurre cerca de este día del santoral.

(13) Las Reservas Starlight, clasificación establecida por la UNESCO, son regiones comprometidas con la preservación de la calidad del cielo nocturno. En España hay varias, como La Palma, Sierra Morena o Gúdar-Javalambre. Respecto a la contaminación lumínica, hay ciudades aplicando medidas como la utilización de lámparas con mamparas superiores para que la luz se dirija solo al suelo, o la sustitución de lámparas de mercurio por las de sodio, que contaminan menos y tienen la misma potencia.

(14) Sobre los efectos de estos satélites en las observaciones astronómicas y las medidas actuales y propuestas para mitigarlos se puede leer este [artículo](#) del Boletín de la Sociedad Española de Astronomía (SEA).

(15) Como preciosa muestra de esto se pueden ver [aquí](#) los relatos finalistas del Concurso de relato corto infantil organizado por la Comisión Mujer y Astronomía de la SEA en febrero de este año, 2021.

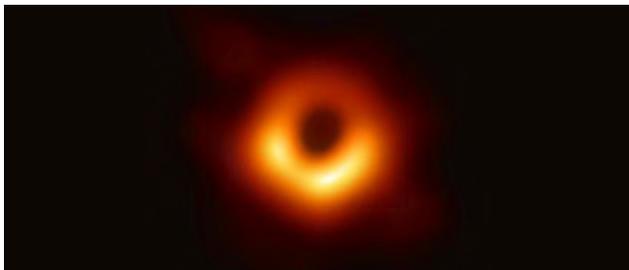
(16) Casiopea es una constelación, no una estrella en concreto.

ANEXO 1



Regiones del planisferio celeste centradas en los polos Norte (izquierda) y Sur (derecha). La Estrella Polar, de la Osa Menor, coincide prácticamente con el Polo Norte Celeste. En cambio, la Cruz del Sur está a una cierta distancia del Polo Sur Celeste. Sin embargo, permite determinar la posición del sur mediante la prolongación de su eje principal unas tres veces y media. (Imágenes del programa Stellarium).

ANEXO 2



La fogata desenfocada, o más bien la primera imagen de un agujero negro nunca obtenida. Es el agujero negro supermasivo central de la galaxia M87, observado por la colaboración internacional Event Horizon Telescope.

ANEXO 3



La nebulosa de Orión (arriba) dibujada por Giovanni Battista Hodierna en torno a 1654. La comparación con una imagen reciente de la nebulosa (abajo) obtenida por el Very Large Telescope (VLT) nos muestra cuánto hemos avanzado en la observación del cielo.

La encrucijada del abuelo

Imi Martín

La encrucijada del abuelo

Imi Martín

Hace ya más de dos meses que mi abuela Rosario falleció por COVID-19, y desde ese día en que mi madre recibió la llamada de la residencia, comunicando su fallecimiento, la tristeza se apoderó de ella. Mi madre siempre estuvo muy unida a Rosarito, como así la llamaban todas las vecinas del barrio, pues la desgracia vino a visitarlas siendo ella muy niña. Su padre, chófer de camión, estuvo preso tras la guerra civil en un campo de concentración y aunque, según mi abuela, él siempre fue un buen hombre, tuvo que cumplir cuatro años de trabajos forzados que dejaron en su cuerpo más huella que la propia guerra. Mi abuela no acostumbraba a hablar mucho de mi abuelo Lucio, aunque al llegar la Nochebuena siempre encendía una candela, le rezaba un padrenuestro y un avemaría y le pedía a San Cristóbal para que no se viera en una encrucijada, como así le ocurrió, cuando queriendo atravesar las líneas enemigas en el Jarama, cayó preso del ejército de Franco.

Esa mañana, mi madre me dijo que quería ir a casa de la abuela. Durante el confinamiento habían sido contadas las ocasiones que allí había estado, pero desde su fallecimiento no había vuelto por su casa y entonces, que parecía mejorar la situación de contagios, se hacía obligado ir a echar un vistazo.

Cuando entramos en la casa, el olor a cerrado invadía el ambiente y el pequeño halo de luz que entraba por la persiana rala del salón, creaba un ambiente triste y sombrío. Mi madre me pidió que abriera las ventanas y subiese un poco las persianas.

—No más de media luz para no llamar demasiado la atención —me dijo mientras abría los cajones de la cómoda del dormitorio, ordenando las enaguas y camisones de Rosarito.

Yo sentía que de alguna manera estábamos invadiendo la intimidad de mi abuela, pero pese a ello empecé a curiosear en la alacena del salón. Allí estaban las fotografías de mis hermanos haciendo la comunión, la boda de mis padres, mi foto de milicias y un pequeño rosario de nácar alrededor de una antigua imagen en blanco y negro de mi abuelo.

—Intenta no descolocar las cosas de la vitrina —me decía mi madre al paso de la habitación a la cocina en busca de un paño para limpiar el polvo.

—Mamá, ¿esta foto del abuelo es de antes o después de la guerra?

—A ver... Sí, esta es de poco después de salir del campo de trabajo, ahí el pobrecillo estaba ya enfermo de tuberculosis y no habría de quedarle mucho tiempo.

—Mamá, Nunca me has contado cómo murió el abuelo.

—La verdad no tengo mucha razón, pues la abuela nunca quiso hablar de ello. Tan solo recuerdo, que siendo yo muy niña, tendría 7 u 8 años, mi padre pasaba mucho tiempo en cama con una tos ronca, que por la noche retumbaba en toda la casa; y una mañana simplemente no se levantó tras un ataque de tos que le dejó sin respiración. La abuela lo pasó muy mal, aunque nunca la vi soltar una lágrima por el abuelo. Supongo que todas las que tuvo que llorar lo hizo durante los años en que le creyó muerto.

—Nunca me has contado esa historia, mamá.

—No hay nada que contar. Son las desgracias de la vida; la crueldad de una guerra y el miedo a pensar que no habrá un mañana.

—Mamá, no me creo que la abuela no te contara nada de esa época de su vida, de cómo era el abuelo y de lo que le pasó para caer enfermo.

—Mira hijo, no hemos venido aquí a remover el pasado. Si quieres saber algo, echa un vistazo en uno de los cajones del buró. Ahí tiene que haber una caja de latón con las cosas del abuelo. La abuela Rosario guardaba ahí los

recuerdos de mi padre. Así de paso, aprovechas para ir tirando las cosas que veas que ya no tienen valor.

Mi madre volvió a la habitación y allí me quedé yo frente a ese armario/escritorio de madera vieja, que de pequeño nunca me dejaron tocar.

—No pongas la mano en el tablero que te vas a pillar los dedos —me decía siempre mi madre cuando de pequeño visitábamos a mi abuela Rosario.

No me costó encontrar la caja de latón. Estaba bajo unos papeles amarillentos del Monte de Piedad y recibos de la Caja de Ahorros, que dudo tuvieran ya algún sentido o interés. Al abrir la caja encontré algunos recortes de periódico, unos sobres con antiguas cartas de correspondencia entre mis abuelos, una libreta amarillenta de entre la que sobresalía el recorte de un viejo mapa¹ y un chisquero de mecha².

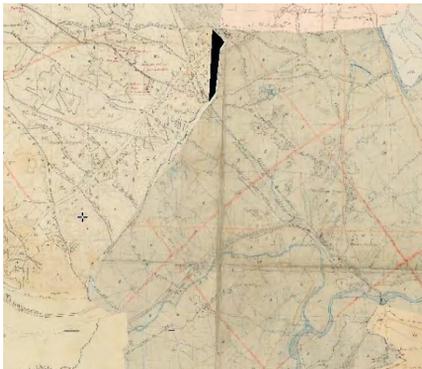


Figura 1



Figura 2

Me senté en la butaca y me puse a repasar los recortes de periódico; nada trascendente, por lo menos para mí, así que empecé a examinar esa colección de cartas que a todas luces alumbraba la triste historia de mis abuelos. Resultaba muy complicado entender la letra pues, aunque estaba bien formada, los rasgos eran rudos, con bucles en jambas y hampas muy acentuados, por lo que costaba diferenciar bien las consonantes. Pese a ello se notaba esmero en la escritura y un denodado esfuerzo por mantener los renglones rectos.

La primera carta que desdoblé estaba fechada en La Marañososa a 17 de agosto de 1936, en ella mi abuelo le decía a mi abuela que, a la vista del alzamiento, los mandos les habían sugerido regresar a Madrid. Aunque en el encabezamiento se hacía referencia a La Marañososa, yo no sabía muy bien donde se encontraba él por entonces, así que ojeé los matasellos del resto de los sobres y me dispuse a abrirlas por orden cronológico.

La Marañososa 18 de abril de 1936.

Querida Rosario:

Aquí los días cada vez se me hacen más largos. Los almendros ya perdieron toda la flor y ahora, que a la tarde le cuesta tanto caer, me acuerdo más si cabe de tus lindos ojos y esa dulce carita pizpireta. La semana que viene el Brigada me ha dicho que tenemos que bajar a la Maestranza a recoger material, y que si el Capitán lo autoriza podremos hacer noche en Madrid y regresar a la mañana siguiente. Lo he hablado con Ruano y me ha dicho que puedo pasar con él la noche en casa de su hermana que vive en Vallecas, por lo que avisa a tu madre de que un día de la semana que viene tendrás que quedarte en el taller. Ese día pasaré a recogerte a la salida y si quieres podemos pasar el resto de la tarde en las Vistillas.

—¡Pero, qué estás haciendo! —me dijo mi madre.

—Anda deja esas cartas que a la abuela no le gustaba nada que anduviésemos en sus cosas.

—Mamá ¿Tú has leído estas cartas antes?

—No, aunque la abuela me habló de ellas en alguna ocasión. Anda, déjalas donde estaban y ven a echarme una mano.

—Vale, pero me gustaría llevármelas. Me parece que son una parte importante de la historia de la familia. Por cierto. Las dos cartas que he abierto están fechadas en La Marañososa. ¿Eso es un pueblo de Murcia?

—No. Por lo que en alguna ocasión le oí decir a la abuela debe ser una aldea o pueblo pequeño de Toledo, próximo a Madrid, donde el abuelo debía de trabajar antes de la guerra. Anda, guarda ya las cartas y ayúdame que quiero guardar las mantas de la cama de la abuela en el armario.

Volví a meter la carta en su sobre y cuando me dispuse a guardarla en la caja de latón, se me cayó el recorte del viejo plano doblado. Lo miré detenidamente intentando averiguar de dónde podía ser, pues aunque en la esquina superior izquierda se apreciaba una población mediana, no estaba rotulado su nombre, ni se identificaban topónimos relevantes de la zona. En ese momento, oí nuevamente a mi madre que me decía:

—¿Vas a venir a ayudarme, o no?

—Sí. Ya voy mamá, perdona ¡Es que el contenido de esta caja me parece tan fascinante!

Aquella noche, ya en casa, no podía dejar de pensar en las cartas de mi abuelo y en ese recorte de plano que parecía señalar a ninguna parte. Como no me podía dormir, encendí el ordenador y me puse a buscar alguna referencia de La Marañosá. No pasó del segundo registro sin que se hablara de una fábrica militar con ese nombre situada al sur de Madrid. Si en ese momento me quedaba algún resquicio de sueño, lo perdí por completo cuando leí que en ella se albergaba una producción secreta de armas químicas.

El resto de la noche la pasé buscando por internet información sobre la misteriosa fábrica y lo que en ella se pudo elaborar. Pero si algo atrajo poderosamente mi atención, fue intentar localizar su verdadero emplazamiento. Por lo que me puse a bucear en la web del Instituto Geográfico Nacional (IGN), en donde con asombro descubrí una enorme cantidad de contenidos, actualizados, históricos, de archivo de biblioteca; a los que con un simple golpe de ratón se podía acceder sin dificultad. En ese momento, lamenté no haberme llevado aquel recorte del mapa de mi abuelo, pues estaba seguro que el emplazamiento de la fábrica y el viejo mapa estaban relacionados, y esa relación la encontraría entre esos archivos digitales que acababa de descubrir.

A la mañana siguiente desperté más tarde de lo habitual; era domingo y tampoco tenía planes especiales, pero sí un deseo enorme de regresar a casa de la abuela Rosario a indagar en los papeles del abuelo.

Después de tomar café, puse como excusa que creía no haber cerrado bien las ventanas de casa de la abuela y con un beso a mi mujer me despedí hasta la hora de comer.

—Aprovecharé para recoger un poco la casa de la abuela —le dije a Pilar, sabedor que la visita me llevaría más tiempo que el cerrar un par de ventanas.

Cuando llegué a casa de Rosario fui derecho a la alacena y me puse a escudriñar cada uno de los papeles que había en la caja de latón. Empecé a maldecir no haberme llevado la *tablet* para intentar contrastar el mapa con la cartografía del IGN, ya que a través de la pequeña pantalla del móvil resultaba muy complicado. Pese a ello me pareció identificar un meandro del río Manzanares con el recorte de mi abuelo, pero la cartografía que visualizaba en el móvil era muy reciente y el recorte del abuelo era de hace más de 80 años. Entendí entonces que, aunque posible, era necesario dedicarle más tiempo y atención de lo que pretendía, así que volví a meterlo todo en la caja de latón y me marché a casa con ella.

Después de comer la tarde se puso muy gris y mientras Pilar hacía punto en el salón, encendí el ordenador y me sumergí en *Iberpix*³, con la esperanza de localizar la zona que representaba el mapa. Pasé las siguientes tres horas buceando por los entresijos del IGN y CNIG, consultando diversa cartografía y visualizadores de mapas. La clave parecía estar en ese meandro del río que hasta donde podía alcanzar era el Manzanares. Antes de cenar había descargado una decena de mapas del sur de Madrid de diferentes ediciones y escalas⁴, en los que en cada uno encontraba referencias que creía podían encajar con el recorte del mapa del abuelo.

Al final entendí que estaba saturado y que la diferencia de época hacía muy difícil identificar correctamente la zona, así que decidí atender los requerimientos de mi mujer para ir a cenar, no sin cierto desánimo por no haber sabido identificar la localización del mapa.

A la mañana siguiente en el trabajo, aproveché para imprimir algunos de los planos descargados del IGN. Estaba claro que necesitaba contrastar de forma más detallada los mapas de la época y sobre la pantalla del ordenador me resultaba mucho más difícil.

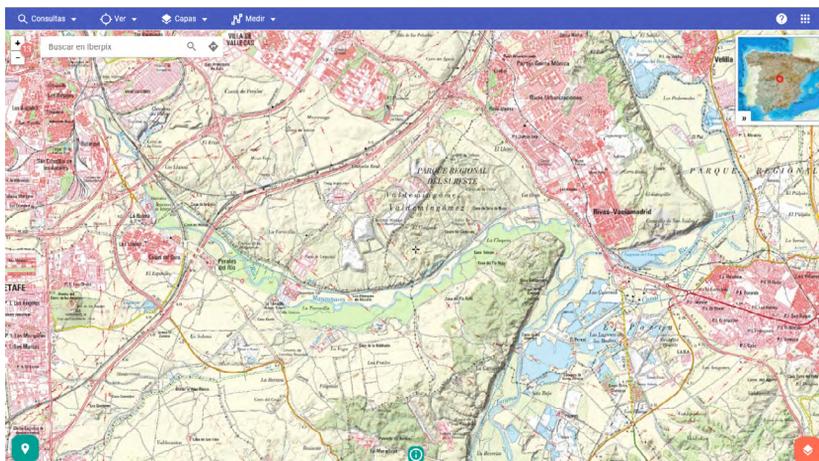


Figura 3

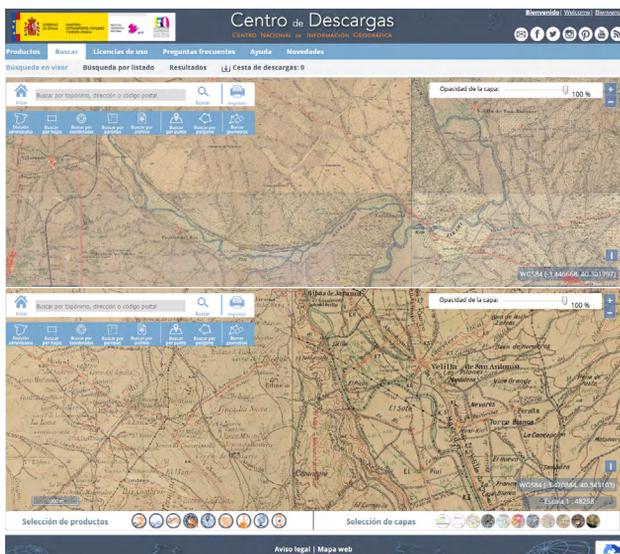


Figura 4

—¿Qué estás haciendo? —me dijo mi compañero Fabián, cuando me vio superponiendo al trasluz de la ventana, el recorte del abuelo con los planos previamente impresos.

—Nada importante, es un tema familiar que me ha pedido mi madre que compruebe, pero ya he terminado.

Lo cierto es que no quería dar explicaciones sobre el asunto, pues Fabián no se caracterizaba por ser una persona discreta y no quería que la jefa pensara que estaba distrayéndome de mis obligaciones profesionales, así que guardé todo en mi cartera y continué con mis quehaceres.

Salí temprano del trabajo, ya que quería comprar algunas cosas antes de llegar a casa. En cuanto entré por la puerta, llamé por teléfono a mi madre para saber que tal había pasado el día.

—¿Qué tal te encuentras, mamá?

—Bien hijo. ¿Qué tal tu día?

—Ajetreado con el trabajo y...

Al decirlo recordé que mi madre en alguna ocasión había contado que el abuelo iba camino a Toledo cuando cayó prisionero.

—¡Mamá! ¿Sabes dónde cogieron prisionero al abuelo?

—¿No me digas que estás dándole vueltas al pasado? —me contestó ella.

—No, pero reconozco que no dejo de pensar en las cosas del abuelo.

—Hace ya muchos años, hijo. Yo no sé más de lo que contaba tu abuela sobre él. Que era chofer de camión y que en uno de sus viajes a Toledo durante la guerra cayó emboscado en las filas nacionales. Lo poco que queda de él está guardado en la caja de latón de la abuela.

¡Qué estúpido había sido!, me había obsesionado con el mapa cuando seguro que en las cartas de mi abuelo había alguna referencia o topónimo que me permitieran identificar la zona.

—¡Claro! Qué buena idea mamá, no se me había ocurrido.

—No se te vaya a ocurrir trastear en las cosas de la abuela y menos aún llevarte nada de su casa.

—No te preocupes madre —no quería decirle que ya lo había hecho por lo que cambié rápidamente de tema— ¿Tienes cena?

—Sí. Además, he hecho una merienda-cena y no tardaré mucho en irme a la cama.

—Eso me parece muy bien, mamá. Te dejo para que descanses. Si necesitas algo dímelo y mañana te lo llevo.

—Muchas gracias hijo, pero tengo de todo y se me estropea la comida.

Además, el viernes viene tu hermana y seguro que me trae un montón de tarteras con sus guisos.

—Bueno, no te entretengo. Que descanses, mamá.

—Igualmente, hijo. Dále un beso a las niñas y no te obsesiones con las cosas del abuelo.

Cuando terminamos de cenar, cogí la caja de latón, decidido a encontrar las respuestas del pasado.

Me dieron más de la una de la madrugada escudriñando en esas hojas amarillentas de las que no se desprendía más que el deseo de llevar una vida en paz. De entre todas ellas había una en la que se leía lo siguiente:

22 de octubre de 1938.

Salimos después de comer de la casa de la hermana de Ruano en dirección a la Marañoso, pero poco después de pasar el cruce de la cañada, donde la carretera se encaja hacia al sur, em-

pezamos a oír ruido de fusilería, por lo que cogimos el camino del puente de ladrillo en dirección al páramo. Al poco de llevar recorridos 10 minutos el ruido de fusilería se oía cada vez más cercano, por lo que decidimos que era mejor no continuar y dar un pequeño rodeo.

Retrocedimos camino hasta el cruce, para intentar pasar el río más al norte y bajar desde allí por la margen izquierda a salvo de los disparos, pero al ir marcha atrás no vimos un badén del camino y la rueda trasera derecha se quedó encajada en la cuneta.

Mientras yo intentaba desbloquear la rueda con piedras y palos, Ruano hacía guardia con su naranjero al costado dando muestras de un nerviosismo tal, que me hacía temer más que se le escapara un tiro de su fusil que a que fuéramos descubiertos.

Tras varios intentos logré sacar el camión, pero una de las ballestas traseras quedó partida en dos, por lo que la estabilidad de la carga quedaba muy comprometida, y por si eso fuera poco la lluvia había hecho su aparición.

Con todo, alcanzamos el camino a Velilla, pero poco antes de llegar a la casa la torre, en un cruce donde hay unos chopos, nos emboscaron dos cuadrillas de nacionales que nos acribillaron a tiros.

El resto de la semana la pasé analizando el contenido de las cartas, con el deseo de encontrar algún topónimo o referencia que pudiera orientarme.

Si tenía algo claro es que el texto de la cuartilla no era otro que el relato de mi abuelo sobre dónde y cómo cayó prisionero, por lo que decidí que el fin de semana recorrería en bicicleta todos los caminos de la zona sur de Madrid, hasta localizar el cruce de caminos en el que mi abuelo cayó preso. Así que después de cenar, encendí mi ordenador y me sumergí en la cartografía histórica del CNIG, reconstruyendo paso a paso, cada uno de los accidentes que mi abuelo señaló en la cuartilla.

El viernes por la tarde había llegado a la conclusión de que el recorte de mapa se correspondía con el río Manzanares y que mi abuelo en realidad no iba camino de Toledo, sino de la Marañosa, pero por los motivos que él mismo expuso se debieron desorientar y se encontraron con una avanzadilla enemiga.

El sábado amaneció con una cierta bruma, que a buen seguro en la vega del río se tornaría más espesa. Aun así, llevaba esperando toda la semana ese momento, por lo que me dirigí hasta Rivas, donde dejé el coche en la salida 20 de la A-3, cogí la bici y puse en marcha el grabador de *tracks* de la app de Mapas de España del IGN⁵. De esta forma podría contrastar *a posteriori* el camino recorrido y cotejar la toponimia del lugar con los mapas de mi abuelo. Tras un par de horas de pedaleo, llegué a la conclusión de que el meandro del río en el mapa se correspondía con el que hacia el río Manzanares a la altura de la Escuela Nacional de Protección Civil, no podía ser otro, así que plétórico de emoción hice unas cuantas fotos y regresé a casa para superponer sobre la cartografía la traza de mi recorrido en bicicleta.



Figura 5

Lo que quedaba del fin de semana lo pasé intentando identificar los lugares indicados en la cartografía del abuelo con la planimetría y caminos de antaño, y aunque encontraba ciertas similitudes puntuales con el trazado recorrido en bicicleta, no estaba claro que la zona de la escuela fuera donde mi abuelo cayó emboscado.

Pasé algunos días con cierto desánimo por no tener la certeza de haber identificado la zona. En realidad, no tenía importancia ya localizar el emplaza-

miento exacto, pero se había convertido en una pequeña obsesión. Fue entonces cuando al visitar a mi madre, ella dio con la clave para superar mi frustración.

—¿Qué te pasa hijo? Te veo triste y demacrado. ¿Va todo bien en casa?

—Si mamá, no te preocupes. Es que estoy un poco apenado porque creía haber encontrado la zona donde cogieron prisionero al abuelo, pero tengo bastantes dudas al respecto.

—Mira que eres cabezota, me dijo mi madre. Te dije que no removieras el pasado. Todo eso es historia ya pasada que no conduce a ninguna parte.

—Ya lo sé mamá, pero me apetecía mucho reconstruir esa historia que tanto ha marcado el devenir de nuestra familia, de tu familia, mamá.

—¿Sabes, que al abuelo no le hicieron preso al cruzar el Jarama, sino que en realidad estaba intentando cruzar el Manzanares? —le dije a mi madre.

—Mira que me extraña eso, pues si mi madre recalcaba algo de tu abuelo era el magnífico sentido de orientación que tenía. De hecho, tan solo en aquella ocasión estuvo algo desorientado, y aún con todo me parece muy raro que se confundiera de río.

Aquellas palabras de mi madre me hicieron pensar que quizás estaba yo equivocado, y que lo que inicialmente había visto tan claro me había llevado a realizar una apreciación precipitada. Así que, al llegar a casa no quise ni cenar y pegado al ordenador abrí sucesivas ventanas del navegador, una con el visualizador de la Fototeca digital del CNIG⁶, otra con el Comparador de ortofotos del PNOA⁷ y otra con el comparador de mapas del CNIG⁸.

Tras cuatro cafés y cinco horas de reloj, encontré digitalizado el mapa de mi abuelo y con ello la respuesta al error de apreciación de la encrucijada. Efectivamente, mi abuela tenía razón al decir que el abuelo Lucio se perdió al cruzar el Jarama. En su cuartilla lo decía claro, *camino de Velilla*; Velilla de San Antonio; antes de llegar a *casa de la Torre*. Esa casa no podía ser otra que la *Casa de la Torre Bermeja*, y el camino de cipreses y los chopos del cruce anterior, tenían que estar entre la *casa de Piul* y *Torre Bermeja*. Por fin había



Figura 6



Figura 7

reconstruido la encrucijada del abuelo⁹ en aquella triste noche en la que efectivamente subieron hacia Velilla de San Antonio para cruzar el río a salvo de las tropas nacionales.

A la mañana siguiente, mi mujer me sorprendió sentado en la mesa de la cocina con una taza de té y una cara de cierta satisfacción.

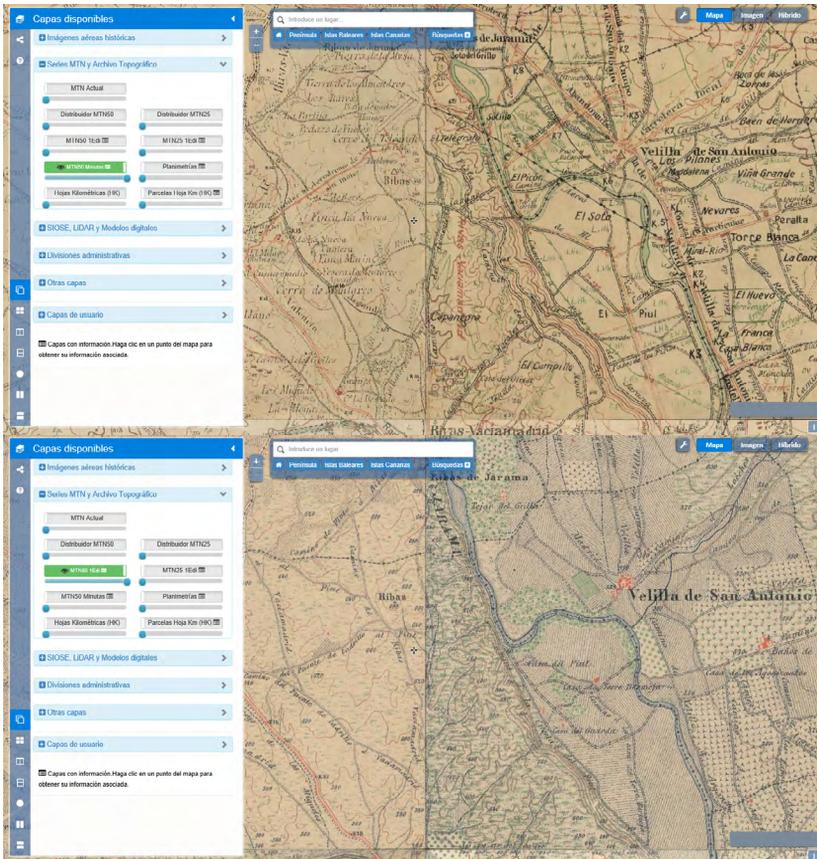


Figura 8

—¡No me digas que no te has acostado en toda la noche! —me dijo Pilar.

—Pues sí; no me he acostado, pero: ¿sabes una cosa? No solo no me encuentro cansado, sino que siento un gran alivio y paz.

Entonces Pilar se me acercó y, con la dulzura que la caracteriza, se agachó y, dándome un beso, me dijo:

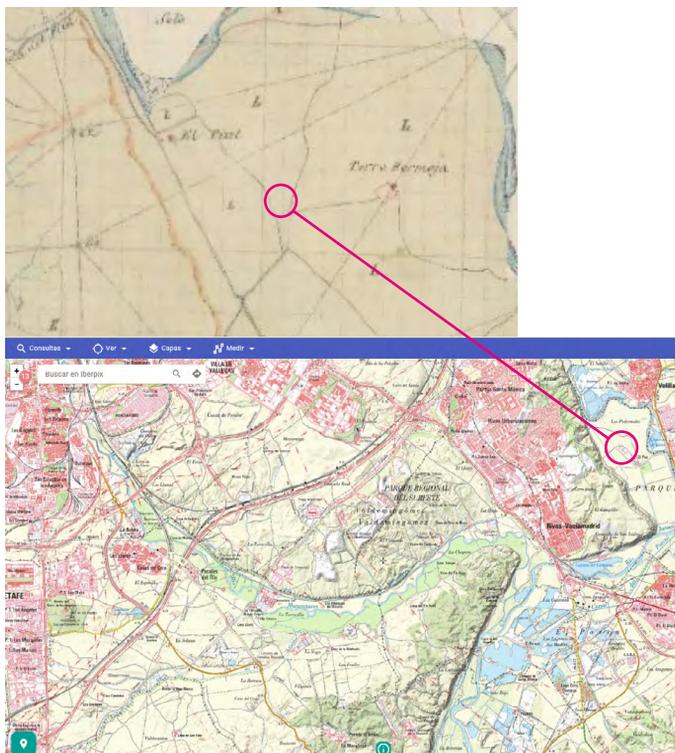


Figura 9

—Siempre has sido un romántico aventurero, y estaba claro que esta historia de tu abuelo te había hechizado. Espero que ahora que has encontrado la respuesta que buscabas estés satisfecho.

—No solo estoy satisfecho, sino que he descubierto que tenemos unos archivos cartográficos que son un auténtico tesoro. Un tesoro oculto que muy pocos conocen y que todos los ciudadanos tenemos a nuestra disposición gracias al Instituto Geográfico Nacional.

La cocinera del Mulhacén

Pedro Borregón

La cocinera del Mulhacén

Pedro Borregón

—¡Está decidido! ¡Nos vamos!

—Primero, tenemos que hablar con tu hermana Filomena. No creo que le haga gracia alimentar otra boca más. Ya sabes que la posada no está en sus mejores momentos.

—Amalia ya no es una niña; en mayo cumplió 17 años, y es muy trabajadora. Ya te digo yo que después de dos semanas le pagan un sueldo y todo.

—¿Y tiene que ser Argentina? ¿no hay otro sitio más cercano?

—Eso ya lo hemos hablado. Mi primo me asegura un puesto en la fábrica donde él trabaja. Dice que los españoles estamos bien vistos. Y que el sueldo da para ahorrar.

A la semana siguiente, los padres de Amalia atravesaban el charco en busca de un trabajo y un sueldo que les sacara de una pobreza inminente. El 10 de julio de 1880 llegaron por fin a la casa del primo Fabián en la localidad argentina de La Plata. Mientras tanto, su única hija, servía mesas en la Posada Alcatifa, a 15 minutos del pueblo de Capileira.

Amalia rebosaba energía. Las ganas de hacerlo bien y de no defraudar las promesas que su padre le hizo a la tía Filomena, eran motivo más que suficiente para que no parara de trabajar ni un momento. Si pasaba más de dos

minutos parada sin platos que servir o mesas que limpiar, se metía en la cocina a ayudar a su tía a pelar patatas.

Después de un mes inmersa en su nueva vida, Amalia se manejaba en sus tareas como si llevara haciéndolo toda la vida. Filomena le había encargado ir al pueblo con las dos mulas, para hacer la compra en el mercado de los viernes. Con ella se fue su primo Joaquín, que, aunque sólo tenía 14 años, era alto y corpulento al estilo de su padre, que en paz descanse. La muerte del tío Evaristo le había obligado a realizar tareas de hombre siendo solo un niño.

A menos de un 1 km del pueblo, ya se oía un alboroto inusual.

—¿Qué pasa en el pueblo Joaquín?

—Hay muchos carros y caballos. Y mira allí. Son soldados. Creo que ya están aquí los ingenieros que vienen a darle forma al mundo.

—Pero que tonterías dices Joaquín. El mundo ya está bien formado.

—Hace dos meses, pasaron por aquí militares y obreros para arreglar los caminos y para construir unas barracas en el Mulhacén. Cuando les pregunté que para qué hacían esas construcciones, me dijeron que iban a venir los ingenieros a darle forma a la Tierra.

Cuando entraron en el pueblo, en seguida vino un niño de la edad de Joaquín a contarnos lo ocurrido.

—Joaquín. ¿Tenéis sitio en la posada? Hay más de 40 hombres en la expedición y no hay sitio para todos. Los soldados han montado unas tiendas en las eras, pero los ingenieros buscan un jergón para descansar en condiciones. Mi padre les ha hablado de vuestra posada y están interesados.

—Esta noche solo se queda un arriero que vuelve para la Sierra de Segura. Así que hay cuatro habitaciones libres, todas con dos camas. Así que hay sitio para 8.

—Pues ven a cerrar el trato con ellos y poneros en marcha cuanto antes, porque vienen muy cansados desde Granada.

Amalia fue al mercado con las dos mulas y Joaquín mientras, guio a cuatro «ingenieros» a la posada. También iban dos hombres con un carro tirado por bueyes, cargado de cajas bien empaquetadas y cinco soldados que les escoltaban. Mientras, por su cuenta y riesgo, Amalia compró en el mercado el doble de todo lo que le había encargado la tía Filomena y además añadió algunas carnes frescas matadas esa misma mañana y unos bacalaos salados como los que cocinaba su madre. No llevaba dinero para todo, pero Amalia ya era sin saberlo conocida en todo el pueblo, y le fiaron sin problema. Además, se decía que la expedición no estaba escatimando en gastos.

Cuando Amalia llegó a la posada, la tía Filomena estaba en la puerta, nerviosa.

—Espero por nuestro bien, que hayas cargado bien las mulas, porque tenemos que hacer comidas para 12 hombres que parecen hambrientos.

—No te preocupes tía, solo se quedan un día, y he traído comida de sobra.

Amalia y su tía prepararon sólo cuatro camas, porque los soldados montaron tiendas junto al carro del material y los dos hombres del carro dormirían en el establo.

Después, se metieron en la cocina y prepararon la cena para todos.

Amalia le habló a su tía de su plato favorito: bacalao dorado. Su madre lo preparaba siempre en Semana Santa y para su cumpleaños, y desde muy pequeña ella le ayudaba en la elaboración. Filomena no quería hacer experimentos, pero el plato parecía sencillo y apropiado para la cena, así que le pareció buena opción y se pusieron manos a la obra.

Cocinaron el bacalao con patatas cortadas muy finitas, un poco de cebolla, perejil, aceitunas negras, huevos y aceite de oliva, que era el aceite que se usaba en las Alpujarras por aquellos tiempos. Filomena la dejó preparando el bacalao, y se puso a cortar un jamón bien curado para acompañar el vino.

Desde el salón, llegaba el bullicio de los soldados y las conversaciones de los cuatro hombres que parecían estar al mando de toda aquella expedición.

Amalia, que no era sorda y además sabía poner atención cuando algo podía sacar, se enteró en seguida de bastante información.

—Tía, uno de los huéspedes, se llama Joaquín Barraquer, y es nada más y nada menos que coronel. Y el que habla de mirar a las estrellas es don Miguel Merino.

—¡Toma niña!, Llévales esta jarra de vino y este jamón, si no quieres ser tú la que veas las estrellas.

Amalia, obedeció las ordenes de su tía, y sirvió vino a los comensales. Al fijarse en ella, los hombres callaron de momento y esperaron a ser servidos.

Amalia no era una mujer especialmente bella, pero tenía un atractivo muy peculiar. Era bajita como su madre, morena y con un cuerpo delgado y fibroso. Su mirada era intensa y limpia, la nariz algo grande como la de su padre y sus ojos negros, vivaces y alegres protagonizaban miradas que no dejaban indiferente a nadie. Desprendía una energía especial: la forma de moverse, su rapidez, su desparpajo y la alegría que contagiaba con su risa.

—¡Buenas noches señores! Les traigo un poco de vino y jamón de nuestro pueblo, mientras llega la cena. Y aunque no sé si les dará fuerzas suficientes para darle forma a la Tierra, por lo menos les saciará después del largo viaje.

—Buenas noches muchacha —contestó escuetamente el astrónomo D. Miguel Merino.

—Buenas noches —dijo el mayor del grupo, que por sus galones parecía capitán—. Ten por seguro, que con la fama que precede a los vinos y embutidos de estas tierras, quedaremos satisfechos.

—¿Has dicho darle forma a la Tierra? —dijo el más joven del grupo, al que Amalia todavía no había escuchado hablar—. Me parece la mejor definición de lo que estamos haciendo en esta locura de viaje.

Amalia entró a por vino y jamón para distribuir entre los soldados. Su tía había sacado un poco de lomo que conservaba en manteca desde la última matanza y había cortado medio queso.

El bacalao desprendía un olor excepcional, y al rebozarlo con los huevos de las gallinas del corral de la posada, el plato se antojaba delicioso. En pocos minutos, Celia había preparado una gran sartenada de comida que dejaría satisfechos a sus huéspedes.

La cena transcurrió con normalidad. Los soldados se retiraron a su campamento, y los muleros, a dar de comer a los bueyes. Joaquín les echó una mano con los animales, cosa que se le daba bastante bien. Pero en la mesa de los «ingenieros», las discusiones siguieron al menos una hora más.

—Me parece injusto —dijo el capitán, que se llamaba Juan Borrés—. Que me perdone don Carlos Ibáñez, nuestro dignísimo director del Instituto Geográfico y Estadístico y responsable de esta aventura, pero los franceses solo tienen que subir a los picos argelinos de Filhaoussen y M'Sabiha, que solo se elevan 1140 y 585 metros sobre el nivel del mar. Y nosotros tenemos que subir a 3481 metros, con nieves perpetuas y caminos imposibles. No entiendo lo de que la campaña está repartida a partes iguales.

—Mi querido Juan —dijo el coronel Joaquín Barraquer—. El haber llevado la medición del arco de meridiano hasta las arenas del mismo desierto del Sahara, tiene también un mérito impresionante. Y no solo por la aridez del recorrido, sino por los peligros de los bandidos que custodian esos parajes —el coronel se volvió hacia Amalia y le dijo— Oye, muchacha, ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Amalia, señor.

—Amalia, dile a la cocinera que salga, quiero felicitarla personalmente por el bacalao que nos ha preparado. Creo que nunca he probado uno mejor, y he pasado varios años en Portugal, donde la fama del bacalao es muy conocida.

Amalia, entró en la cocina más feliz que una perdiz. Y buscando a su tía, y poniendo cara de preocupación le dijo:

—Tía Filo, los «ingenieros» quieren hablar contigo. Es algo sobre el bacalao.

—Pero ¿qué dices muchacha?, no sé para qué inventas. Ahora me toca a mí llevarme la bronca.

Filomena, se arregló el mandil, se secó las manos con un paño y salió firme hacia el salón. El coronel, el capitán, el astrónomo y el más joven de todos, que tenía la profesión de geodesta, se volvieron hacia ella.

—Disculpe la interrupción en su trabajo —dijo el coronel— ¿Qué lleva este bacalao? Jamás había probado uno mejor en mi vida.

Filomena miró a Amalia un instante con una larga inspiración y volvió la vista de nuevo hacia el coronel.

—Pues lleva mucho cariño señor, como todo lo que hacemos aquí. Pero no me dé las gracias a mí. El mérito es de la muchacha.

Antonio, el joven geodesta que asistía atento a las felicitaciones del coronel, a la vez que asistía atónito a la sonrisa pícaro y complaciente de Amalia, se dirigió a sus compañeros con tono discreto:

—Señores, ayer hablaron de que nos había fallado el cocinero, y que vamos a pasar varios meses en lo alto de la sierra mal comiendo. ¿Por qué no contratamos a esta muchacha y hacemos la estancia más llevadera?

Se dice que las decisiones más certeras las dicta el estómago, y que la cabeza se limita a desordenarlas.

Lo cierto, es que Amalia y su primo Joaquín, se unieron a la expedición como cocinera y herrero de bueyes, respectivamente.

Amalia era la única mujer de la expedición, y Filomena accedió al trato, solo si contrataban también a su hijo Joaquín, con la doble intención de que su hijo se ganara también un sueldo, y que trajera de vuelta a su prima en «perfectas condiciones».

El coronel don Joaquín Barraquer vio con buenos ojos a los agregados, que eran buenos conocedores de la zona y además, muy útiles. También dio su visto bueno el matemático y astrónomo don Miguel Merino que, aparte de realizar las observaciones astronómicas para la determinación de la hora local y la longitud y latitud del vértice, era el responsable de la intendencia.

Dieciocho días tardó en total toda la comitiva en llegar desde Granada a la cima del Mulhacén, donde el capitán de ingenieros Juan Borrés ya había abierto meses atrás un camino transitable por el que poder subir todo el material cargado en los carros tirados por bueyes. También había construido unos rústicos albergues elaborados con tosca mampostería fijada con mortero de barro, cal y arena, ventanas de madera y techos de pizarra, empleando los materiales disponibles de la zona.

A finales de agosto, todo el material estaba instalado para comenzar las operaciones topográficas.

Amalia, por su parte, tenía ya perfectamente controlada la cocina. Una vez a la semana, enviaba a dos hombres a traer sal, verduras y frutas frescas al pueblo. Mientras tanto, bastaba con tener la despensa en un pequeño aljibe protegido del sol y bajo unas placas de hielo, para que funcionara prácticamente como una fresquera. El fondo del aljibe tenía una madera que conducía el agua derretida de los hielos a un depósito. Esa agua se usaría para cocinar.

El agua para beber, seguía un proceso más complejo. Por un lado, se traía agua de la fuente de los Lobos, situada en la cara norte del Mulhacén. Todos los días que el tiempo lo permitía, tres hombres, bajaban unos trescientos metros de desnivel, para llenar unas alforjas de cuero con agua potable. Luego, el agua de la fuente se mezclaba con agua derretida y se pasaba por un sistema de bandejas colocadas una encima de otra, cargadas de minerales y carbones especiales. De esta forma, se conseguía obtener agua apta para el consumo suficiente para todo el personal.

Amalia era de las primeras en levantarse, para ir encendiendo los fogones y calentando agua para el café. Por la pequeña ventana de la cocina, veía a los hombres asomarse al precipicio para orinar los días que no había viento. En su pueblo se decía, que se puede calcular la edad de un hombre por la distancia a la que llega el chorro. Y por lo observado, el dicho acertaba bastante.

Respecto de las funciones de su primo, una vez que los carros hubieron descargado todo el aparataje y regresaron a tierras más acogedoras, Joaquín pasó a ser ayudante de cocina, lo que le dejaría cerca de su prima como le pidió su madre. También les ayudaba un soldado que iba rotando de entre los

disponibles. Pero pronto Amalia se ganó ella solita el respeto de los expedicionarios, por aquello de «no muerdas la mano que te da de comer».

También ayudaba el hecho de que cuando no estaba en la cocina, estaba junto al vértice, acompañando a los altos mandos y a los ingenieros. En concreto, muy cerca del joven geodesta Antonio Esteban Gómez, junto al que disfrutaba aprendiendo los pormenores de las operaciones de observación.

—Dime si lo he entendido bien —dijo Amalia a Antonio—. Tenéis que reflejar el sol con estos espejitos, y apuntarlo hacia las otras tres montañas donde hay instalados otros equipos como el nuestro. En concreto hacia una montaña que hay en Almería que se llama Tetica, no me digas el porqué de ese nombre, y a unas montañas que se llama Flaussen y Sabina, que están a 270 kilómetros de distancia al otro lado del Mediterráneo, en el país de Argelia ¿Es así?

—¡Ja, ja! Se llaman Filhaoussen y M'Sabiha. Y sí. En principio en eso consiste el primer intento. Pero estoy contigo, en que es prácticamente imposible. Y por eso hemos subido aquí esa máquina de vapor. El segundo intento, en caso de que con las señales heliotrópicas no podamos vernos, consiste en generar nuestra propia luz por la noche con esa máquina, para que puedan verla desde el otro continente.

Aunque ya se había instalado todo el aparataje, era necesario hacer algunas pruebas y dejar todos los instrumentos perfectamente calibrados. Sin embargo, a primeros de septiembre, se desató un temporal de viento y nieve.

Los soldados que habían quedado destacados en lo alto del Mulhacén, junto con los observadores y los auxiliares, dormían todos en el mismo barracón separados los primeros del resto por las cajas de madera donde venía embalado todo el material.

Amalia y Joaquín, dormían acurrucados entre ollas y sartenes; aprovechando los resquicios del calor de los fogones de la cena.

Algo similar hacían los maquinistas, que dormían en el mismo habitáculo que el generador de electricidad, que, aunque tenía muchas aberturas al exterior, se compensaba con el calor residual que emitía la maquinaria.

La temperatura llegaba a bajar por debajo de los diez grados bajo cero. Por el día no se podía ver con los heliógrafos por culpa de las nubes y por la noche no se podía salir fuera de los barracones. El maquiavélico conjunto de nieve y viento, congelaba toda la piel que quedara a la intemperie por más de cinco minutos. Cuando la nieve caía sobre la piel, la sensación era como la de miles de agujas clavándose a la vez.

Amalia había vivido muchas nevadas, porque su pueblo superaba los mil metros de altitud, pero la violencia con la que los inofensivos copos de nieve se manifestaban aquí arriba, era nuevo hasta para ella.

Unos días después, el tiempo se volvió algo más apacible, y se reemprendieron los intentos de observación nocturnos con luces eléctricas a través de unos potentes reflectores.

Amalia llevaba tantas capas de ropa, que era difícil distinguir si era hombre o mujer.

Solo dentro de la cocina, volvía a identificársela de forma inequívoca al vestirse una especie de falda pantalón que ella misma había confeccionado, y una rebeca muy ajustada, que impedía la entrada de aire frío por ningún resquicio, pero que, a la vez, ofrecía una entrada visual completa de su figura a los ojos de Antonio.

Joaquín, no era ajeno a las discretas miradas de Antonio, que ciertamente había pasado su juventud entre libros y apuntes, y parecía no haber visto en su vida una mujer de cerca que no fuera su madre o su abuela.

—Amalia, creo que tienes un admirador.

—Pero qué dices primo. Yo soy una simple cocinera y él es, él es... un geómetra. Que no sé ni lo que es eso.

—Pues pienso hablar con él y que me deje claras sus intenciones. Como se entere mi madre...

—Que este no quiere nada conmigo, ¿tú crees que un muchacho con estudios se va a fijar en mí?

Amalia pensaba que no era posible que un hombre que hablaba sin parar de círculos azimutales, heliógrafos, grados, minutos y hasta segundos la admirase a ella. Pero por supuesto, era consciente de saberse observada por Antonio, aunque siempre con un cuidadoso disimulo.

Ella solo sabía escribir su nombre, y eso era gracias a que la misma letra se repetía tres veces. También identificaba los números escritos, aunque no estaba segura de poder reproducirlos todos de memoria. Pero hablando y haciendo cuentas, no le ganaba nadie.

Su padre había trabajado en una nave curando jamones, pero el dueño cuando consiguió ahorrar una cantidad suficiente, se fue a otras tierras y dejó a tres trabajadores en la calle. Y su madre trabajaba en un telar, haciendo colchas, cortinas y otros paños.

Cuando Amalia terminaba las tareas del hogar, ayudaba a su padre y a su madre a vender el género y la verdad es que no lo hacía nada mal. Pero en los últimos tiempos, la gente apuraba al máximo sus colchas, aunque estuviesen raídas. La pobreza se estaba apoderando de todo el valle alpujarreño. Seguramente el rey Alfonso XII no sabía ni siquiera de la existencia de esas tierras.

En lo alto del Mulhacén, con el paso de los días y con la dureza del clima, algunos hombres empezaron a enfermar. Unos pocos tuvieron que ser bajados de urgencia a cotas inferiores, solicitando cobijo en las casas de las humildes gentes del lugar.

Amalia y Antonio, resistían de momento y se limitaban a moquear y toser de vez en cuando. Cuando Amalia se acercaba a Antonio, a ella se le quitaba el frío. Sentía una sensación de bienestar y de seguridad, que acababa con todos los males. Una mañana, Amalia se decidió a planear una pequeña trampa, para saber si realmente Antonio la quería, o eran solo imaginaciones suyas.

Amalia era consciente de que las insinuaciones de una mujer, estaban muy mal vistas, por lo menos en su pueblo. A lo mejor en la capital, de donde venía Antonio, las cosas eran diferentes, pero en su pueblo las mujeres que buscan al hombre se llaman busconas. Y las busconas, tienen el camino directo hacia lo más profundo del averno.

A la mañana siguiente, una vez que habían terminado de limpiar los cacharros del desayuno, Amalia subió a la caseta de observación, donde ya estaba Antonio enfrascado con los instrumentos de observación. En concreto, estaba asomado por un pequeño telescopio sobre un círculo graduado, e iba dictando números a uno de los auxiliares que los apuntaba en una libreta.

Cuando Antonio hizo una pausa con el dictado de números, Amalia dijo:

—Me vuelvo al pueblo. Varios han enfermado y la siguiente seré yo.

Antonio soltó el antejo, y se volvió hacia ella sin saber qué decir.

Se quitó los finos guantes de cuero que llevaba puestos y cogió las manos de Amalia. Ella tenía las manos frías, pero a él le pareció estar sujetando algo de azúcar.

—Estoy convencido de que eres la más fuerte de esta expedición. Además, si tú te vas...

No había terminado de decir la frase, cuando un rayo cayó justo sobre la cumbre del Mulhacén. Fue como un trueno justo encima de sus cabezas y todos cayeron al suelo por culpa del fogonazo.

Amalia cayó de espaldas y Antonio fue a parar encima de ella con la cabeza sobre sus pechos.

Ella lo tuvo claro. El altísimo Todopoderoso, había descubierto su estratagema y la había castigado enviando un rayo para partirla por la mitad. Que ocurrencia había tenido. Se sentía completamente avergonzada y no podía ni moverse.

Antonio, que parecía completamente ajeno al origen de ese castigo, se levantó despacio y dijo.

—¡Por Dios!, ¿eso ha sido un rayo? ¿estáis todos bien?, el instrumento está destrozado, las lentes han reventado.

Él lo tuvo claro. Se dio cuenta entonces de que gracias a que se había separado unos metros de los instrumentos para coger las manos de Amalia, había salvado su vida. Llevaba indeciso varios días, dudando sobre sus sentimientos hacia Amalia. Tenía claro que ella le gustaba, y que le gustaba mucho. Hablaban con facilidad de cualquier cosa. Expresando sus opiniones hasta donde su conocimiento llegaba, y sin pretensiones de aparentar más. Esa sinceridad en la conversación, y esa fluidez de pensamientos le unía a esa muchacha mucho más de lo que nunca se había unido a alguien.

Le ofreció sus manos de nuevo a Amalia para ayudarla a ponerse de pie.

Ella las rechazó avergonzada, se levantó por su cuenta y se fue sin volverse en dirección a la cocina.

El coronel Joaquín Barraquer ordenó realizar un inventario de los daños ocasionados por el rayo, que habían sido bastantes. Estaban en la segunda quincena de septiembre, el verano a punto de terminar y las observaciones sin concluir. En más de una ocasión pensaron en abandonar la expedición para intentarlo en otro momento, pero el prestigio de España frente a Francia estaba en juego. Y abandonar debía de ser la última opción. Además, al otro lado del mediterráneo, los franceses también tenían problemas con las observaciones.

Los días pasaban, y Amalia era incapaz de mirar a Antonio a la cara. Estaba claro que ese hombre no era para ella. No debía de habérselo planteado ni siquiera y, por supuesto, no debía haber mentado para conocer sus sentimientos.

Antonio por su parte, no sabía que había hecho mal. ¿Se habría ofendido por caer sobre ella de forma tan indecorosa? ¿Había dicho algo que no era procedente?

Por fin, después de tantas penalidades en la cima de la montaña más alta de la península, la expedición terminó consiguiendo los objetivos fijados. Estaban ya a primeros de octubre, cuando todas las bases en los cuatro picos pudieron terminar sus observaciones.

Iniciaron los preparativos para desmontar el campamento. Organizaron de nuevo las carretas con los bueyes y se pusieron a empaquetar los valiosos instrumentos.

Cuando llegaron a Capileira, Amalia y Joaquín cobraron sus sueldos. Más de lo que nunca habían cobrado. Y nunca más volvieron a saber nada de aquella esperpéntica y extraordinaria expedición.

Nunca más, hasta que tres meses después llegó una carta a nombre de Amalia. Ella la llevó a la casa del maestro, para que le ayudara a leerla:

Querida Amalia:

Qué curioso fenómeno es el que sucede, cuando ante un mismo acontecimiento, cada persona lo vive y lo interpreta de manera diferente.

Se dice que una imagen vale más que mil palabras, pero no es menos cierto, que otras veces unas palabras pueden valer más que mil imágenes.

Quería decirle, que no puedo dejar de pensar en usted. Y que una frase con unas pocas palabras me viene a la cabeza una y otra vez:

«Mientras yo le daba forma a la Tierra, usted le daba forma a mi corazón».

Si lo cree oportuno, me gustaría visitarla pronto.

Firmado: Antonio Esteban Gómez

Nota del autor:

Los hechos aquí relatados se ajustan bastante a la realidad ocurrida en las fechas indicadas, según los textos de las memorias que de la expedición fueron redactados por D. Carlos Ibáñez y D. Miguel Merino, salvo por la aparición de los personajes de Amalia, su primo y su tía Filomena.

Esos personajes han sido inventados para darle más realismo a los hechos, y quién sabe si no existieron realmente, porque por desgracia, el papel de las mujeres ha sido hasta tiempos recientes generalmente ignorado.

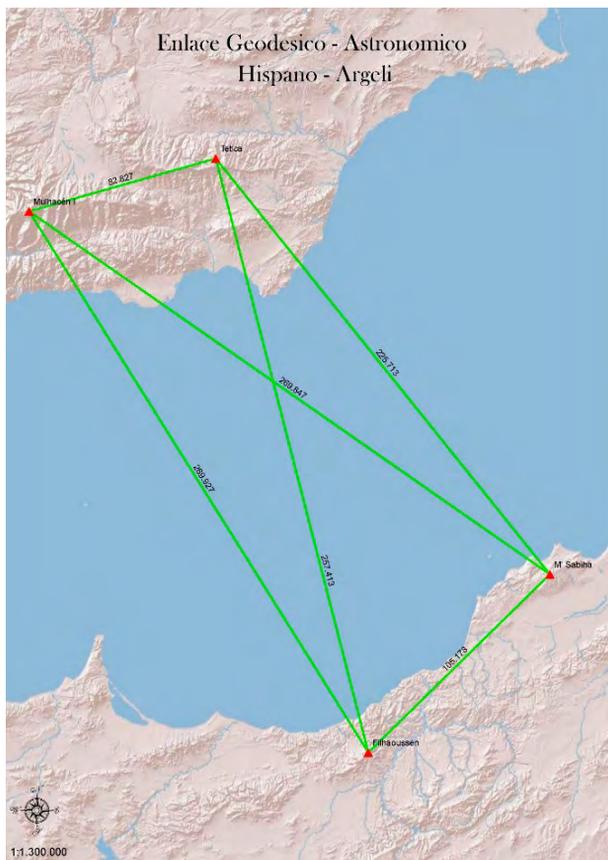
El vértice del Mulhacén que se menciona es este relato fue construido en 1861, pero se agrietó y se desprendió aproximadamente a principios del siglo XX.

El actual vértice está situado a unos cuatro metros del antiguo vértice.

Todavía se conservan restos de los refugios que se construyeron para la expedición de «Enlace Geodésico y Astronómico de Europa y África».



Ilustración de la base instalada en el pico del Mulhacén



Elaboración propia

Nombrar el frío

Victor Olaya

Nombrar el frío

Victor Olaya

Tenía doce años y nunca había visto la nieve. Pero una madre enferma y la recomendación de un médico de buscar aires más frescos le trajeron al norte, donde vería sus primeras montañas y cogería entre sus manos el primer helor.

No fue sin embargo la nieve lo que le cautivó, sino la forma en que la tierra le hablaba de ella. No el frío de aquel lugar, sino la manera en que el lugar mismo nombraba esa parte de su identidad.

Aprendió pronto los nombres de los montes, de los pueblos vecinos, de las vaguadas, las sendas y los recovecos. Y en muchos de ellos encontraba una punta de exotismo, por cuanto su sentir hacia la toponimia era aún el de un muchacho acostumbrado a otra temperie, y aquellos vocablos habrían sido extraños allá de donde él venía.

Navas y ventisqueros, neveros, hielos; el paisaje se narraba con voces que él pronunciaba con la misma reverencia con la que había sostenido en el cuenco de sus manos su primer puñado de frío.

Agotada la cartografía oral de lo inmediato, continuó la búsqueda en un mapa de la provincia prestado por un vecino. Su padre, que aprobaba aquel gusto aun sin saber en realidad su razón de ser, le consiguió algún otro no sin esfuerzo, y él los estudiaba y anotaba en un cuaderno los nombres que le llamaban la atención, como por no olvidarlos. Como si de ese modo pudiera guardar para sí la nieve, a salvo más allá de la estación.

Media docena de inviernos y aquella dejó de ser sustancia mística para convertirse en realidad cotidiana. No perdió su atractivo, pero sí, inevitablemente, la emoción que le provocaba en los primeros años. Con los topónimos, sin embargo, no sucedió lo mismo. Los siguió anotando de igual manera, con idéntico cuidado, y descubrir uno nuevo de ellos le devolvía esa ilusión intacta: la del otoño en que se instalaron allí y él sabía que la nieve habría de llegar, pero no tenía otra manera de invocarla más que la sonoridad de esas palabras.

Su pequeña afición devino asunto de más envidia. Consiguió cuantos mapas pudo, armó con mimo una colección que nunca pasó de ser modesta. Y se enamoró de los mapas que guardaban aquellos nombres, de la misma manera que quienes aman los relatos y las historias se enamoran de los libros.

* * *

Tenía veintidós años y nunca había visto morir a nadie. Pero la guerra le trajo más muerte de la que hubiera deseado, aun si su lugar no estuvo entonces en la vanguardia de ningún frente. Le salvaron de ello los mapas, alrededor de los cuales ya entonces había apuntalado su oficio, y que ahora le hacían más valioso en esa posición de la contienda.

Pasaron muchos por sus manos. En aquel trabajo y circunstancia, se prestaba poca atención a la lírica de las palabras, pero para él seguían siendo lo más hermoso de la cartografía. La toponimia es la poesía de los mapas, se decía a sí mismo, sin saber bien si lo hacía por justificarse o por honrar como era debido esa querencia.

Su trabajo estaba en las curvas y las tintas, en las mediciones y las cifras, pero había siempre tiempo para una segunda lectura en la que el territorio se desplegaba para él a base de palabras.

En su cuaderno, siguió anotando nombres de lugares, algunos ahora distantes, donde el frío y la lengua se ovillaban el uno muy cerca del otro.

* * *

Tenía veinticinco años y nunca había salido del país. Pero el desenlace de aquella guerra le entregó un pasaporte irrechazable y el destino lo llevó a más

distancia de la que hubiera imaginado. Tan al norte que allí la nieve ya no era cuestión excepcional de unos pocos días, sino constante ineludible de todo el invierno. Y a donde no solo no comprendía la lengua del territorio, sino tampoco la de la gente.

Aprendió el idioma, supo ganarse la vida, formó una familia. Por alguna razón que más adelante no acertó a entender, no le enseñó a su hijo su propia lengua. Todo lo más unas pocas palabras como anécdota y lo que aquel pudiera aprender al oírle hablar con alguno de esos otros que habían llegado hasta allí por el mismo camino. Se arrepentiría de ello con el tiempo, sin sospechar que sería un día su hijo el que más lamentaría aquella falta.

Nunca sintió como suya esa otra lengua, pero acabó por ser capaz de narrarse completo en ella y de comprender cómo otros se narraban a sí mismos. Y con ello, la toponimia fue poco a poco haciéndosele inteligible, dejando de ser una etiqueta, una mera regla mnemotécnica con la que recordar una coordenada, para convertirse en una narración completa. La toponimia es el linaje de los mapas, pensaba ahora.

Descubrió que también allí, en aquellos nombres, se hablaba de las nieves y los hielos, pero no ya para señalarlos como algo extraordinario, cosa inútil en un lugar así, sino para detallarlos. Su trabajo ya nada tenía que ver con los mapas, pero retomó la curiosidad juvenil y, siempre que tenía ocasión, curioseaba en alguno de ellos o trataba de desentrañar la genealogía de un topónimo.

* * *

Tenía cincuenta años y hacía mucho que no anotaba nombres en ninguna libreta. Pero la nostalgia acumulada le devolvió su vieja costumbre y una misma manera de conjurar las ausencias. Necesitó una libreta nueva, que la de su juventud la había dejado atrás como tantas otras cosas que no habría de recuperar nunca.

En los inviernos, ahora que el frío no era ya como en su infancia cuestión de estética sino de penuria, recordaba esos tiempos más amables, ese territorio, esos nombres y la distinta ensoñación de la nieve que invocaban. Más aún, recordaba los de sus primeros años, los lugares que habitó antes de conocer

ninguna nieve, la toponimia templada junto a la que a veces, inesperadamente, reflató un pellizco de melancolía.

En su cuaderno, escribió el nombre de la ciudad en la que nació. Luego trató de recordar otros rebuscando en aquella primera geografía suya y en la que había escuchado contar a sus padres. Y en lugar de frío, buscaba allí el calor, las tardes de solana de su niñez, un rincón del paisaje en el que hubiera quedado testimonio de aquello.

Con el tiempo, el único contacto que le quedó con su lengua materna fue el de la letra sobre el papel. Algún libro no siempre fácil de conseguir, el pequeño diario en el que sin mucha regularidad anotaba alguna que otra entrada. Y, sobre todo, su renacida lista de topónimos familiares y un grueso atlas por el que gustaba de deambular leyendo en voz alta algunos de sus nombres. En su imaginario, lengua y geografía conformaban una única nostalgia.

* * *

Tenía treinta años y nunca había perdido a nadie cercano. Pero un corazón cansado por los años decidió que su padre fuera la primera de tales pérdidas. El mismo padre que tiempo atrás había llegado hasta allí desde una tierra lejana que él imaginaba llena de sol, y de la que no le había legado más que un par de recuerdos borrosos.

Su madre y él se dieron al ritual de las pertenencias huérfanas, entre ellas algunos mapas y libretas de notas íntimas que ninguno de los dos comprendía. Se sentaron frente a los mapas extendidos sobre la mesa. Hablaron de nostalgias ajenas, imaginaron significados. Se preguntaron el uno al otro si conocían el porqué de esa colección de lugares anotados con tanto detalle, como si estuvieran interrogándose sobre el secreto inconfesable de un tercero y se descubrieran más unidos entre sí al saber que ambos estaban al corriente de ello.

* * *

Tiene sesenta años y nunca ha sabido hablar el idioma de su padre. Confiesa que, hasta hace no mucho, a veces le alcanzaba la tentación de estudiarlo, aun si estaba convencido de que a esas edades uno ya no es capaz de tales

proezas. En esa fantasía ocasional, pensaba que así podría entender por sí mismo las notas de aquella libreta, intentar incluso descifrar algunos códigos de su propia infancia.

Es un día de invierno y está sentado en el salón de su casa con su mujer, los dos junto a un viejo mapa enmarcado y el retrato algo solemne de un hombre que se parece mucho a él. Con una taza de té entre las manos, me refiere los detalles de esta historia animado por el simple hecho de saberme compatriota de su padre, olvidando quizás intencionadamente que la patria no es solo cuestión de geografía y espacio, sino también de historia y tiempo.

El mapa apenas tiene texto, y el detalle no es suficiente para revelar esas voces que tanto le gustaban a aquel. Como si advirtiera la manera en que esto parece contradecir el relato, se levanta hasta una estantería y de allí toma un cuaderno.

—Seguro que tú conoces estos sitios —me dice al dármele, después de pasar algunas páginas hasta encontrar lo que busca.

En la libreta hay una lista de nombres en caligrafía diminuta. No reconozco la mayoría de ellos, y entre los que sí me son familiares, no encuentro ninguno que haya visitado. Pero tiene razón, en cierto modo me son conocidos; todos ellos tienen un sonido cercano y no hay duda de que nombran algo que yo podría decir que me pertenece. Entiendo la verdad que hay tras ellos mucho mejor que lo que él lo hará nunca, incluso si ignoro el significado que puedan tener. El genio del idioma habita también en la manera en que nombramos el territorio.

Le devuelvo la libreta y él no dice nada.

Por la ventana, unos niños juegan a tirarse bolas de nieve.

Un manajo de cuentos que entrelazan experiencias vitales con las ciencias desarrolladas en esta institución. Aquí las presentamos iluminadas bajo el foco artístico de la ficción literaria.

TIMOR *alijs* MOTIR

POTTEBACKERS
EYLANDT

Cleyn M

